

*LA MADRE TRINIDAD
DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Y SU OBRA DE LA IGLESIA*

*LA MADRE TRINIDAD
DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Y SU OBRA DE LA IGLESIA*

*Redacción y recopilación
de los textos de la Madre Trinidad
por Juan Fidel*



CUARTA EDICIÓN
AMPLIADA



Editorial Eco de la Iglesia

Nihil obstat: José Luis Domínguez,
Censor
Madrid, 16-6-1998

Imprimase: Joaquín Inieta Calvo-Zataráin
Vicario General

© 2001 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S. L.

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel.: 91 435 41 45	Tel.: 06 551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org	

ISBN: 84-86724-18-X

Depósito legal: M. 17.279-2001

Imprenta Fareso, S. A.

Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid



La Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia, cogida cuando espontáneamente en compañía familiar disfruta gozosamente con sus hijos (1975).

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I. LA OBRA DE LA IGLESIA, ELEVADA A DERECHO PONTIFICIO	9
II. PERFIL ESPIRITUAL Y HUMANO DE LA FUNDADORA DE LA OBRA DE LA IGLESIA.....	13
III. MÁS CERCA DEL ORIGEN DE LA LUZ	37
Hilvanando «Retazos de un Diario», «Vivencias del alma» y joyas de «La Iglesia y su Misterio».....	37
Un año de trascendente significado	38
Repleta de la sabiduría del Inmenso	44
Palabra con el Verbo	46
Riqueza de la Iglesia	47
Iglesia desgarrada y de luto	50
Voz que proclama una urgente renovación	56
El Eco de la Iglesia	58
Lo que puede sugerir una sencilla pero directa manifestación	60
Dos realidades paralelas que Dios pensó y quiso convergentes	62
Eco de perenne resonancia	63
Bajo la sombra de la cruz.....	66
Junto a la Sede de Pedro	75
IV. LA OBRA DE LA IGLESIA	79
En fuerza de una petición	79
El vivir íntimo de los miembros de La Obra de la Iglesia ...	85
Miembros de una misma Obra	90

	<i>Págs.</i>
Reflejos del Infinito Hogar	92
Unidos en una misma misión	102
La atracción de una llamada	104
Escuela de formación permanente	108
Peregrina hacia la casa del Padre	109
V. EPÍLOGO	111

I

LA OBRA DE LA IGLESIA ELEVADA A DERECHO PONTIFICIO

La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica en un Decreto firmado el 20 de diciembre de 1997 aprobó La Obra de la Iglesia declarándola de derecho pontificio.

No se la ha querido enmarcar en ninguna de las formas canónicas de los institutos de vida consagrada, pero, sobre todo, se ha querido reconocer su singularidad; eso sí, con la aprobación suprema y definitiva que corresponde a la autoridad del Papa y, por consiguiente, de derecho pontificio.

La sencilla y portentosa singularidad de La Obra de la Iglesia quedará suficientemente aclarada cuando en los capítulos siguientes se presente la figura de su fundadora la Madre Trinidad y el vivir y quehacer de su Obra de la Iglesia como continuadora de su misión en la Iglesia. Valga como argumento el reconocimiento de su finalidad, expresamente citado en el referido Decreto de aprobación pontificia: «*su finalidad es vivir profundamente el misterio de la Iglesia, ser testimonio vivo de ella mediante la vida y la palabra, y suscitar en las almas el deseo de ayudar a los Obispos a realizar su misión*». Sin género de duda, dicha finalidad es como si constituyera el propio nombre y ser de La Obra de la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia.

La Madre Trinidad se autodenomina, con mucha frecuencia, el «Eco» de la Iglesia, eso es ella y eso es también La Obra de la Iglesia. Por ello,



Fachada de la casa natal de la Madre Trinidad.

su sublime y sencilla singularidad, anunciada por el Señor a la Madre Trinidad, es reconocida y expresada hoy por el Sucesor de Pedro.

La vocación de La Obra de la Iglesia configura consiguientemente su fisonomía dentro de la Iglesia. La configura como esa «legión de almas que puesta al lado del Papa y de los Obispos les ayuden a realizar la misión que el Señor les encomendó». Por eso, el mencionado decreto dice que *«está compuesta por tres ramas de vida consagrada: sacerdotal, laical masculina y femenina, en torno a las cuales se organizan las demás ramas de Adheridos, Militantes y Colaboradores»*.

La amplitud de La Obra de la Iglesia es tan grande como su propia vocación: en ella, como en la Iglesia, caben los sacerdotes y los laicos, los consagrados y los no consagrados, los matrimonios, los jóvenes y los niños. Una sola Obra, una misma misión, un sólo quehacer, que cada uno realiza dentro de su propia vocación, estado o condición.

Siguiendo, aguas arriba, el curso de las aprobaciones canónicas de La Obra de la Iglesia, diremos que en el año 1990 ya tuvo su aprobación de derecho diocesano por el Cardenal Arzobispo de Madrid, si bien la autorización fue dada por la Santa Sede a través de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, que, tras estudiar detenidamente las Constituciones, las aprobó y autorizó para que fuera reconocida La Obra de la Iglesia en su singularidad, tal cual es según sus propias Constituciones.

La primera aprobación la recibió al poco de nacer. Fue en el año 1967 cuando el entonces Arzobispo de Madrid, D. Casimiro Morcillo, tras haber dado años antes de palabra sus más amplios permisos a la Madre Trinidad para trabajar apostólicamente en su Diócesis y formar La Obra de la Iglesia, la erigió como Pía Unión.

Tres pasos importantes hasta llegar al de su aprobación suprema e inmodificable, si no es por la misma Santa Sede (C.I.C. canon 583), que sitúa a La Obra de la Iglesia allí donde su fundadora la contemplara, tal como es querida por el Señor.

En el Decreto, el comienzo de La Obra de la Iglesia queda establecido el 18 de marzo de 1959. Más adelante, en el capítulo III, comentaremos el significado de este venturoso año 1959. Solamente diremos aquí

que la Madre Trinidad en aquel entonces era una joven seglar que el Señor, en ese día, introdujo en su vida íntima, y fue ahondada en el misterio de su comunicación trinitaria. De ahí arranca su saber lo que tenía que decir y hacer en la Iglesia. Por esta razón, se entiende que quien conoce el alma de la Madre Trinidad haya tenido la luz del Espíritu Santo para fechar el nacimiento de La Obra de la Iglesia en aquel sublime día.

La Obra de la Iglesia, por su parte, recibe la aprobación pontificia con actitud humilde y agradecida a Dios y a la Iglesia.

Ese reconocimiento singular de la Santa Sede ha sido para La Obra de la Iglesia como una bandera que se entregara, en tiempo de guerra, a un batallón, momentos antes de un nuevo combate. Lo que entonces importa es la lucha inminente, es el triunfo en el combate y la conquista. Para otra cosa no queda capacidad.

Pero, como también en esos momentos, pesan sobre el corazón los esfuerzos, fatigas, heridas y riesgos que se han soportado y los nuevos que se avecinan, así la comprensión y el aliento de quienes dirigen la batalla obrarán sobre él como una recompensa y un estímulo que le infunden nueva fuerza y decisión.

Bandera enarbolada como símbolo de su vida y su misión, estandar-te en la lucha por nuevas conquistas para la gloria de Dios, escudo contra los riesgos del combate, aliento y fortaleza, dádiva preciosa que guarda con gratitud en lo más profundo del corazón, es cuanto ha sido para La Obra de la Iglesia la aprobación pontificia.

NOTA

Los textos que se citan a continuación están tomados de los escritos publicados de la Madre Trinidad. Los pensamientos se pueden identificar en «Frutos de Oración» por el número que les precede y, cuando se citan incompletos, por el número que les sigue, puesto entre paréntesis. Las poesías de «Vivencias del alma», por el título que las encabeza y el número puesto al final entre paréntesis; y los párrafos tomados de «La Iglesia y su misterio», por la página que se consigna al final de la cita.

II

PERFIL ESPIRITUAL Y HUMANO DE LA FUNDADORA DE LA OBRA DE LA IGLESIA

Para definir en pocas palabras la vida de la Madre Trinidad, yo empezaría diciendo que es una vida de inmensos, tremendos, gozosos y consoladores contrastes. Toda ella es un tejido de grandiosidad y sencillez, de impotencia humana y de arrollador poderío divino; de vivencia profunda y de la desapercibida naturalidad de una joven de pueblo o de una mujer de su casa que comunica con la viveza, la espontaneidad y el colorido del lenguaje popular andaluz, torrentes de sabiduría sobre los misterios más hondos de la fe católica. Ese contraste es expresión viva de la pobreza y limitación humana y de los horizontes sin límites por los que clama nuestro corazón. Por eso, cuando nos acercamos a él, nos subyuga con su fuerza de verdad irresistible.

La Madre Trinidad es como el eco palpitante de aquellas palabras de Jesús: «Gracias te doy, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelaste a los pequeños». Es como si el Señor, a través de ella, quisiera decir hoy al sacerdote, a las almas consagradas, al trabajador perdido en el campo, a la mujer de la limpieza, al joven que se empieza a abrir a la vida o al hombre engullido por el tráfico de las grandes ciudades: Mira, todo mi amor infinito es para ti. He muerto en una cruz para hacerte Dios por participación; y, en mi Iglesia, he dejado tesoros insondables para repletarte de la felicidad que buscas sin encontrar. En tus manos pongo la hondura, la anchura y la longitud de todo el misterio de mi vida.

* * *



Durante el tiempo que vivió en su pueblo natal, Dos Hermanas (Sevilla), la Madre Trinidad fue feligresa de la Parroquia de Santa María Magdalena, cuya fachada ilustra la fotografía.

El 10 de febrero de 1929 nace en Dos Hermanas la Madre Trinidad. A los seis años le ocurre un incidente que había de repercutir en una importante faceta de su infancia: jugando con unas amigas, le pintan los ojos con cal no bien apagada; ingenua travesura infantil que a punto estuvo de dejarla ciega. Desde aquel día las compañeras de colegio la verían llegar todas las mañanas con sus gafitas negras a sentarse, casi sólo de oyente, en los pupitres de la clase. Y esa fue prácticamente la única escuela de instrucción humana que la Madre Trinidad frecuentó en su vida.

A los catorce años estaba llevando ya con su padre y su hermano Antonio el comercio de calzados, propiedad de la familia. Por las tardes acudía con un grupo de jóvenes de su edad a las clases de bordado. Así hasta los veintiséis años en que se traslada a Madrid.

Ahora, cuando sacerdotes, profesores de Teología, licenciados y doctores por las Universidades Pontificias oyen las charlas de la Madre Trinidad sobre la vida íntima de Dios, sobre el misterio de Cristo, sobre María, o sobre la esplendorosa riqueza de la Iglesia, ante su asombro de no haber oído cosa semejante, la primera pregunta que suelen formular es: ¿En qué universidad hizo la Madre sus estudios de Teología?

Cuando se les dice lo que acabo de referir, muchos se resisten a aceptarlo, en principio, porque ello les pondría de bruces ante un portentoso milagro viviente y continuado en medio de nosotros. No queda otra opción entonces que la de recurrir al testimonio de profesoras y alumnas del Colegio de la Sagrada Familia, y al de todo el pueblo de Dos Hermanas que la vio despachando, durante más de doce años, en su tienda «Calzados La Favorita».

Y poco a poco van abandonando, los reflexivos teólogos, su insostenible incredulidad, porque tampoco han oído a ningún profesor de Teología hablar con tanta profundidad, tanta matización, tanta sencillez y vida como lo hace la Madre Trinidad, sobre las verdades de la fe católica. Se encuentran ante algo asombroso, increíble, pero que está ahí delante de sus propios ojos, y que se levanta con fuerza subyugadora como una llamada de Dios a todos los miembros de la Iglesia, ricos y pobres, cultos e ignorantes, sacerdotes y seglares, para que tomen conciencia viva de lo que son por ser Iglesia.

De asombro en asombro se va cuando se conoce más de cerca la vida de esta sencilla mujer que es la Fundadora de La Obra de la Iglesia.



Fotografía de la Primera Comunión de la Madre Trinidad a los ocho años de edad, el 7 de junio de 1937

Porque ya en 1979 publicó su primer libro titulado «Frutos de Oración. Retazos de un Diario». Un volumen de 541 páginas con 2.217 profundos y bellísimos pensamientos sobre un abanico tan amplio y sugestivo de temas, que le hacen a la vez un tratado de Teología, un reclamo al corazón angustiado del hombre de hoy, y un canto sublime a las realidades más bellas que el espíritu puede vivir.

Le siguió «Vivencias del alma», libro íntegro de poesía, ¡y poesía religiosa!; 310 poemas que, en su cristalina belleza, nos hacen cruzar el umbral de los grandes misterios, nos introducen dentro, y allí nos cantan maravillas inefables y nos cuentan las vivencias más plenas y sublimes del alma en contacto con el Eterno.

Posteriormente se ha publicado «La Iglesia y su misterio». Trata como los anteriores, en forma profunda, rica y bella, temas enraizados en la médula misma del misterio de la Iglesia. Reviste sin embargo una forma literaria distinta. Su prosa ágil nos ofrece la exposición amplia, matizada y fluida de realidades que palpitan pletóricas de vida, y que se nos presentan contempladas en su brotar perenne y lleno de frescura del manantial de la Iglesia.

Tres libros únicos, inimitables, que llevarán al alma de quien los lea un torrente de sabiduría y vida divinas, y le abrirán a horizontes de riqueza que nunca sospechó.

En noviembre de 1999, a las puertas del año 2000 en los umbrales del Gran Jubileo, de una manera... que no sabría cómo calificarla: imprevista, inflamada en celo por amor a la Iglesia, sin más pretensión que presentar su verdadero rostro ante los hombres y ante muchos miembros de la Iglesia desconcertados, la Madre Trinidad publicó un escrito suyo del año 1959 en forma de pequeño «opúsculo»: «El verdadero rostro de la Iglesia repleto y saturado de Divinidad».

Se agotó la primera edición en muy poco tiempo; se hicieron otras de 10.000, de 25.000... y empezaron a llegarle a la Madre Trinidad numerosas cartas y manifestaciones de admiración por su «opúsculo», de inmensa complacencia y de gratitud por su amor a la Iglesia; animándola a que siguiese sacando a la luz otros escritos suyos.



Capilla del Sagrario del pueblo de Dos Hermanas, donde la Madre Trinidad se encontró con Jesús desde los primeros años de su Consagración, bajo el cobijo y el amparo maternal de Nuestra Señora de Valme.

Voces de sacerdotes, obispos y cardenales se suman a ese coro de fieles que expresan su júbilo al ver a la Iglesia presentada en su hermosura *«como ánfora preciosa repleta y saturada de Divinidad»*.

Baste como testimonio el de este sacerdote que escribe a una feligresa agradeciéndole el regalo de este «librito» que:

«empecé a leer pensando que se trataría de uno de tantos folletitos de religiosidad popular que estuvieron tan de moda en tiempos pasados; pero desde el comienzo que expresa así: “Iglesia mía, ¡qué hermosa eres...! Toda hermosa eres, Hija de Jerusalén. ‘Tus ojos son palomas’, porque tu mirar es con el mismo mirar del Padre..., ¡Ay, Iglesia mía!, toda hermosa, engalanada con la misma Divinidad que te penetra, te satura, te ennoblece, enaltecíendote con tal fecundidad, que tú, Iglesia mía, eres el mismo Verbo Encarnado que sale del seno del Padre rompiendo en Palabra y abrasándose en el Espíritu Santo. ¡Esa es tu real Cabeza, Iglesia mía!”..., instintivamente me puse de rodillas para terminarlo. Es, lo confieso, lo más bonito, lo más profundo y lo más bello que a lo largo de mi vida he leído sobre la Iglesia, ¡la gran desconocida y, por ello, tan poco amada!»

A este escrito siguió otro: «La Promesa de la Nueva Alianza», exposición riquísima, apretada, bella, honda y sugestiva del Plan de Dios sobre el hombre, realizado por Cristo, a través de María, y remansado en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Y así surgió la colección «Luz en la noche» con títulos que en su conjunto son una llamada, un reclamo al que quiera adentrarse en sabiduría amorosa en el dogma riquísimo de nuestro cristianismo.

Ninguno de los que estamos colaborando en esta iniciativa de la misma Madre Trinidad pudimos imaginar al principio la amplitud y profundidad de su alcance en frutos de amor a la Iglesia, pues aunque sabíamos que tal actividad, como todas las que ella emprende, era impulsada por el mismo Dios, sólo los hechos están demostrando que es el momento determinado por Dios –como ella misma lo ha expresado– para empezar a manifestar desde el seno de la Iglesia algo del don que, mientras la Madre Trinidad viva, se puede dar a conocer para aprovechamiento de todos aquellos que se abran a recibir este regalo incalculable de conocimiento en sabiduría amorosa del misterio trascen-



La Madre Trinidad junto a su hermana Emilia, poco después de haberse consagrado a Dios el día de la Inmaculada de 1946.

dente de Dios en su intercomunicación íntima y familiar de vida trinitaria;

la grandeza insondable de Cristo, el Unigénito de Dios, Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre, uno con el Padre y el Espíritu Santo; y que hecho Hombre por Amor, se nos da en explicación de eternos Cantares por medio del misterio de la Encarnación obrado en las entrañas purísimas de la Virgen que, de tanto ser Virgen, por obra del Espíritu Santo rompió en maternidad ¡y Maternidad Divina!;

manifestándose y dándonos la Familia Divina, por Cristo, con Corazón de Padre, Canción de Verbo y Amor de Espíritu Santo en el seno de la Santa Madre Iglesia, repleta y saturada de Divinidad, y a la que hay que presentar en toda su hermosura, con su dogma riquísimo manifestado en sabiduría amorosa, para que al mirarla los hombres vean el rostro de Dios en ella.

Sin embargo, los escritos más profundos e íntimos, y sin duda los mejores, no podrán ver la luz en vida de su autora.

Quienes conocen bien la magnitud y el alcance de la producción literaria de la Madre Trinidad, no dudan en afirmar que la colocarán entre los más grandes escritores de la literatura universal.

Y ¡qué contraste tan bello y atrayente! Ella confiesa de sí misma que nunca ha pretendido escribir un libro, sino simplemente plasmar como puede las vivencias de su alma. Le horrorizaría pensar que se la mirase bajo un punto de vista literario, porque jamás cruzó por su mente el pensamiento de ser escritora. Sólo se siente —son sus palabras— *«el Eco de la Iglesia, que reverbera, en su pobre expresión y en su insignificante repetición, cuanto la Iglesia es, cuanto tiene, cuanto vive, cuanto sufre y cuanto da»...*, *«el grito ahogado del corazón de la Iglesia que, palpitando de amor y dolor, rompe cantando por ella a los hombres»*.

* * *

Un cambio trascendental se obró en su vida a los 17 años, que explica esta increíble paradoja de haber coronado una cumbre muy alta del mundo de las letras sin quererlo, sin pensarlo, y sin haber leído ni una sola de las obras de los grandes o medianos autores.



La Madre Trinidad con sus padres.

Era la mañana del 7 de diciembre de 1946. Las campanas de la torre repicaban anunciando al pueblo de Dos Hermanas la festividad de la Inmaculada. En un abrir y cerrar de ojos, mientras estaba en su tienda igual que todos los días, algo único, sorprendente, maravilloso y avasallador se hizo sentir en lo hondo del alma de aquella joven abierta, alegre y simpática. ¡Era el Dios de terrible majestad y ternura infinita que pasaba llamando a su «puerta»...!

He oído más de una vez a la Madre Trinidad evocar el recuerdo del cambio obrado en su vida por este callado y poderoso paso: *«De mi vida anterior –dice ella– sólo me queda como un recuerdo sombrío. Tenía entonces lo que una muchacha de mi edad podía apetecer. Pasaba la semana esperando con ilusión las tardes del domingo; y los años transcurrían aguardando la fiesta de Santiago y la romería de Valme. Después de tantos preparativos, de tanto soñar con la fiesta, de tanto trajín, se resolvía todo en un pasar veloz que sólo dejaba vacío en el alma, cansancio en el cuerpo, y la tarea de volver a empezar para de nuevo recoger lo mismo...»*

«Aquel 7 de diciembre fue como el surgir repentino de una pujante primavera que repletó mi vida de luz y puso un colorido nuevo en todo cuanto me rodeaba. El Amor Infinito se me puso delante, y como si me dijera: “¿Tienes necesidad de amar y de ser amada? ¡Yo soy el Amor Infinito! ¿Tu corazón está sediento de felicidad? ¡Yo soy la Felicidad, la Belleza, el Poderío, la Perfección eterna...!” Y, desde aquel día, mi alma vive en la plenitud de todas sus apetencias, infinitamente desbordada en sus ansias de ser y de poseer».

EL SAGRARIO DE MI PUEBLO

Cuando evoco en el recuerdo aquel pasado que he vivido en el silencio del olvido, se me encienden mis entrañas con ardores, respondiendo, en mi manera, al Dios bendito.

Horas largas en la iglesia de mi pueblo, remansándome en el pecho de mi Cristo, y escuchando dulcemente de su boca sus quejares en lamentos contenidos...

¡La parroquia de mi pueblo...!
¡Cuántos misterios vividos
sin que nadie lo supiera,
sólo por Dios conocidos...!

Junto a mi Virgen de Valme,
bajo su amparo, he sabido
sapiencias del Dios del Cielo
y sus misterios divinos
que, a través de aquel Sagrario,
mi espíritu ha comprendido.

Horas largas de romances
donde mi alma ha venido
poco a poco regustando,
en ratos que nunca olvido,
misterios que yo guardaba
en mi corazón herido,

día tras día en silencio,
porque el Infinito Amor
era poco conocido...

¡Mi Sagrario...! ¡Mi parroquia...!
¡El pueblo donde he nacido...!
junto a mi Virgen de Valme,
siendo, en los planes divinos,
Eco de la Iglesia Madre,
mensajera de un designio
con que Dios marcó mi alma
cuando en su pecho me dijo:
Vete a contar a los hombres
cuanto de mí has aprendido.

¡El Sagrario de mi pueblo,
donde orando he comprendido,
junto a mi Virgen de Valme,
tantos secretos divinos...!

(Núm. 298)

El genio del pueblo andaluz ha brindado, por otra parte, a la Madre Trinidad toda su viveza, su fuerza expresiva, su hondura y su colorido, para contar y cantar las riquezas del Eterno Manantial remansado en la Iglesia. Así ha surgido su poesía y esa amplísima producción literaria de la que se hacen lenguas los que la van conociendo a través de sus escritos y en este tiempo sus «opúsculos», que están siendo como una lluvia de estrellas en la noche que envuelve al mundo.

¡ANDALUCÍA AMADA...!

¡Andalucía amada, tierra donde nací...!

¡Cuántos días, bajo tu sol brillante,
al Amor Infinito mis amores le di...!

¡Cuántos días, en nostalgia que espera
y en una añoranza de amor callado,
bajo tus noches serenas y estrelladas,
en oración me hundí,

apercibiendo la dulzura infinita del Dios vivo
en la comunicación dichosa de su eterno festín...!

¡Andalucía amada...! ¡Tierra donde nací...!

(Núm. 15)

* * *

Otra particularidad sorprendente en la vida de la Madre Trinidad es que, siendo mujer, haya fundado una Obra en la que se integran sacerdotes, hombres y mujeres consagrados a Dios, matrimonios, jóvenes de uno y otro sexo, personas mayores y niños.



*Capilla de la casa natal de la Madre Trinidad, erigida en el lugar donde ella nació
y se consagró a Dios.*



*Una vista de la Casa de Apostolado de La Obra de la Iglesia en Sevilla,
en la clásica y céntrica plaza de Pilatos.*

En 1955 se traslada a la capital de España, sin otro cometido que atender a su hermano mayor que se acaba de establecer allí. Había vivido y aprendido mucho a los pies del Sagrario en aquellos años; sabía de las largas esperas y las soledades crueles de Jesús en la Eucaristía, de sus amores ardientes; y toda su vida, hasta entonces, había sido un amor, un esfuerzo, un romance para consolar y hacer sonreír al Señor. Pero todo había quedado en la intimidad silenciosa y recogida de la pequeña y linda capilla que preside Nuestra Señora de Valme en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena; donde Jesús fue su único Maestro; mientras ella durante largos ratos de oración reclinada en su Pecho, captó los secretos más íntimos del corazón del Verbo de la Vida Encarnado, y su alma se embriagó –citando casi textualmente frases de la Madre Trinidad– de la sabiduría amorosa de los Infinitos Manantiales, que se desbordan desde el seno del Padre, por el costado abierto de Cristo por medio de la maternidad de María en el seno anchuroso de la Santa Madre Iglesia repleto y saturado de Divinidad, en derramamiento sobre la humanidad.

DIOS RESPIRA EN MIS ADENTROS

Quando yo me interno,
con el alma adorante
y en silencio quedo,
en la intimidad
de un Sagrario abierto,
escucho el quejido
de Jesús en duelo,
escucho su roce
y siento su aliento...

Y entrando en la hondura
de su pensamiento,
lo que más me mueve
en mi sentimiento
es cuando yo escucho,
tras de mi silencio,
ese respirar
en lentos acentos,
ese reteñir
de su tierno pecho...

Y acerco mi alma
para capturar
ese palpar
de sus sentimientos;
y oigo el tac... tac...
que, en su Corazón,
el amor ha abierto.

Y mientras respira
el hálito eterno,
yo respiro en él
al modo que puedo,
para retornar
con mi respirar
a sus sentimientos.

Cuando Dios respira
dentro de mi pecho,
yo respondo en don
del modo que puedo.

(Núm. 122)

En Madrid, a partir del 18 de marzo de 1959, Dios rompe con fuerza los moldes de aquella vida oculta. Y la introduce en el secreto de su vida íntima del modo sorprendente que Él sólo sabe; le muestra sus misterios, se los da a vivir y participar y enviándola a proclamarlos con el mandato de «¡Vete y dilo! ¡Esto es para todos!»: Torrentes de luz, cataratas de sabiduría en vivencia profunda, impulsos incontenibles para contar y cantar las hazañas del Señor en las puertas de la Hija de Sión...

Un fuego que le abrasa las entrañas del alma, una fuerza, contra la que no puede resistir ni luchar, empuja a la Madre Trinidad a decir que...: *«Urge presentar el verdadero rostro de la Iglesia, desconocida por la mayoría de sus hijos»*; que *«hay que reavivar y recalentar el dogma»*; que *«es necesario coger la Teología y darla en el amor a todos los hijos de Dios»*; que *«el seno del Padre está abierto esperando su llenura con la llegada de todos sus hijos»*; que *«hay que hacer una revolución cristiana en el seno de la Iglesia...»*

Clamó, gritó casi. Fue llamando de puerta en puerta a los que la podrían ayudar. Luchó lo indecible y se esforzó hasta límites que parecían por encima de sus posibilidades. Pero su voz era humanamente demasiado débil para ser escuchada; y proclamaba una renovación tan profunda, que resultaba extraña para algunas mentalidades de entonces y con la que a muchos les daba miedo enfrentarse.

Por aquellos días el Papa Juan XXIII llamaba a la Iglesia a Concilio. Y... ¡terrible contraste!, cuando todos empezaron a hablar de lo que había que hacer en la Iglesia, la Madre Trinidad, con su alma reventando de palabra para la Iglesia, tuvo que quedarse en el silencio de la incompreensión.

El Señor imprimía también como a fuego en su alma: «¡Con todo a Juan XXIII...!» «El Concilio viene para esto».

Y aquella joven de apenas treinta años, perdida en la soledad de una inmensa ciudad, desvalida, sin recursos y sin apoyos humanos emprende la gran epopeya de llegar hasta Roma para hablar al Sucesor de San Pedro.

A Roma llegó y ante el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles la puso el Señor. Pero —en frase suya— «los grandotes» la impidieron hablar con el Papa y estando ante Juan XXIII hubo de quedarse en silencio.



La Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia con un grupo de peregrinos ante Juan XXIII el 18 de Julio de 1959; ya que no le fue concedido hablar privadamente con él, único fin para el cual, superando incontables y penosas dificultades, fue a Roma.

Superando ostáculos que parecían invencibles volvió a Roma tres años después. Pero demasiado «tarde», como le había hecho entender el Señor de antemano: Juan XXIII entraba en Retiro espiritual, y la primera Sesión del Concilio iba a comenzar. Los que después puedan leer su diario particular y lo conozcan todo, comprenderán los porqués de lo que hoy queda velado por el silencio de la incompreensión.

El Señor, sin embargo, arreciaba más y más en sus comunicaciones, impulsos y peticiones. Y del fragor de aquellos fuegos surgió también en el alma de la Madre Trinidad «*La Obra de la Iglesia*»: un grupo vivo de Iglesia, una legión integrada por personas de toda edad, sexo, estado y condición social que, viviendo profundamente su ser de cristianos y puestas al lado del Papa y de los Obispos, manifestasen al mundo, por su vida y su palabra, el verdadero rostro de la Iglesia; las cuales tendrían que ayudar a llevar a los hombres la sabiduría y vida eclesial de las que se sentía repleta.

Para realizar todo aquello, se encontraba prácticamente sola, sin más posibilidades que las de una joven llegada de un pueblo del sur a la capital de España. Si se pudieran contar las dificultades, los sufrimientos e incomprensiones con los que la Madre Trinidad se encontró hasta llegar a hacer La Obra de la Iglesia, sabríamos mucho de su temple y de su firmeza de carácter. Han sido muchas las barreras que ha tenido que romper y las puertas cerradas con que se ha encontrado; muy duras las batallas que ha tenido que librar. A veces, ante la fuerza de Dios que la impulsaba, la magnitud de lo que tenía que emprender y los ostáculos, como gigantescas montañas, que se le ponían por delante, a floraba a su alma la añoranza de aquel rincón de la capilla del Sagrario de su pueblo donde tan feliz fue con el Jesús de su juventud. Y, enjugándose las lágrimas, se volvía al Señor para preguntarle: «¿Por qué a mí...? ¿Por qué tengo que ser yo, Señor...?»

Por toda respuesta, una dulce y acariciadora experiencia interior: «Porque no he encontrado otra criatura más desvalida y pobre que tú en la tierra».

Y día a día, año tras año, ha ido acuñando la Madre Trinidad su Obra de la Iglesia, en las diversas Ramas y Grupos, dando a cada uno su fisonomía propia dentro de una realidad única que a todos engloba. Tarea profunda, amplia y variada que por sí sola habla de la riquísima y excepcional personalidad de esta mujer capaz de formar teológica y espiritualmente a sus sacerdotes, o de hacer que sus seglares sean testimonios vivos de la Iglesia en medio del mundo; que lo mismo orienta los problemas de un matrimonio, que la vocación de un joven a la consagración; y que tiene que reglamentar la vida de sus comunidades o poner en marcha un campamento juvenil.



La Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia con su mirada puesta en el más allá ante su nostalgia en espera del encuentro con Dios para siempre (1970).

Desde el año 1963 la Madre Trinidad ha abierto para su Obra más de 40 casas en España y en el extranjero. Una por una las ha ido preparando ella. A veces, cuando diseñaba planos o tenía que bregar con albañiles, carpinteros y calefactores, o cuando regresaba cansada de dar vueltas como una peonza por las tiendas de la capital, la oíamos reprimir cariñosamente y con su gracia sevillana al Señor: «*Cuando me pediste que te hiciera La Obra de la Iglesia lo que menos me imaginaba yo era que tuviera que hacer estas obras*».

Hasta hace muy poco, llevaba ella personalmente la economía de toda la Obra. Una vez que imprimió su estilo, también en llevar los asuntos materiales, a los hombres y mujeres que la vienen ayudando, sólo vuelve a coger el timón de la economía en circunstancias decisivas o en momentos que reclaman un más estrecho reajuste.

Implantó su Obra de la Iglesia en 7 diócesis españolas. Después la llevó a Roma, donde tiene abiertas 5 casas de apostolado, y le está encomendada la parroquia de «Nostra Signora di Valme». Desde Roma se va extendiendo a otras diócesis de Italia; haciendo llegar su irradiación apostólica a otros países, principalmente a las naciones de habla española de Hispanoamérica.

* * *

Toda esta compleja realidad de personas, actividades y cosas la tiene la Madre Trinidad totalmente abierta y lanzada a propagar la auténtica renovación eclesial que ella lleva impresa en su alma desde el año 1959. Para esto ha procurado ante todo hacer de su Obra la encarnación viva de esa renovación. Y de una manera pacífica, callada e inadvertida la mayoría de las veces al ambiente que la rodea, tiene ya convertidas en realidad concreta, práctica y experimentada, muchas de las metas señaladas por el Concilio Vaticano II, a las que todos miran con ilusión y añoranza, y a las que muchos contemplan como utopías ante la confusión y aun los desastres que ha traído para la Iglesia el haber intentado conseguirlas por medios demasiado poco evangélicos.

Una simple enumeración de realidades, que están ahí, a la vista de todos, pueden fundamentar esa afirmación que podría parecer desorbitada:

— Puesta de la Teología, en toda su hondura y riqueza, al alcance de todos, aun de los más humildes y marginados culturalmente.

— Capacitación y promoción de los seglares para que asuman su papel de miembros vivos y vivificantes del Cuerpo Místico; llenándoles, por una parte, sus más hondas exigencias de vivir en plenitud su realidad de cristianos, y lanzándoles, por otra, a asumir sus responsabilidades apostólicas en los variadísimos campos y de las maneras tan ricas que les pertenecen.

— Renovación de la vida del sacerdote, solución de los problemas de su identidad sacerdotal en medio de un laicado consciente de su quehacer en la Iglesia y que reclama al sacerdote que le devuelva actividades que le son propias; formación permanente, vida en familia, etc., etc.

— Estilo natural, atrayente y sencillamente evangélico, de vivir su entrega los consagrados a Dios, en medio de un mundo al que tienen que ganar para Cristo.

— Floración de vocaciones, tanto para el sacerdocio como para la vida consagrada.

— Encauzamiento logrado de la formación de los aspirantes al sacerdocio, alimentándoles y madurándoles su ideal de ser ministros de Cristo y dispensadores de los misterios divinos a los hombres, sin sacarlos del mundo en que han de vivir, y manteniéndoles en contacto permanente con las realidades apostólicas que han de desarrollar y en el ambiente mismo en que han de realizarlas.

— Vitalización de las parroquias como reflejo y concreción del gran Hogar de la Iglesia; explotando la fuerza apostólica de medios y métodos avalados en su eficacia por la experiencia de años o siglos, y buscando otros nuevos y necesarios hoy para llegar a toda la feligresía y solucionar los problemas espirituales y materiales de sus miembros.

— Presentación del misterio de la Iglesia, en su apretada riqueza y en su fuerza vitalmente renovadora, a miles de sacerdotes, religiosos y religiosas, y seglares de todos los estamentos sociales, en «El Plan de Dios en la Iglesia», «Días de retiro sobre el Misterio de Dios en la Iglesia», «Días de orientación juvenil», Retiros, charlas, etc.



La Madre Trinidad conversando con el Señor Cardenal de Toledo, Emmo. y Rvdmo. Don Marcelo González, en la casa de La Obra de la Iglesia en la Diócesis primada. (15 de noviembre de 1975)

Para qué seguir enumerando... Todas esas realidades son interdependientes entre sí; sin unas no se pueden alcanzar las otras. Tan consciente fue la Madre Trinidad de este hecho, que por eso hablaba ya en el año 1959 de que «*había que hacer una revolución cristiana en el seno de la Iglesia*» para ponerla en el esplendor y plenitud de vida que Cristo le dio al fundarla.

* * *

Aun pudiendo parecer que he dicho tanto, la verdad es que no he hecho más que poner ante la vista realidades externas. Reflejan, sí, profundas vivencias interiores de las que dimanar; pero el porqué más íntimo, la realidad más fuerte que ha configurado la personalidad espiritual y humana de la Madre Trinidad, su misión en la Iglesia, su trascendencia y el modo portentoso casi insospechable de lo que Dios ha realizado en el alma de esta sencillísima mujer para la realización de un designio eterno y amoroso en su Iglesia, necesariamente han de quedar ocultos ahora para nosotros hasta que —en frase de ella— marche hacia la Casa del Padre.

Una de las manifestaciones más reveladoras a este respecto, se la he oído hacer muy poco a la misma Madre Trinidad hablando a un grupo de sacerdotes. Su amor a la Iglesia y el dolor de su alma al tenerla que ver tan humillada, la traicionaron después de escuchar, otra vez más, cómo por doquier están surgiendo doctores de la mentira que llevan la confusión al Pueblo de Dios. Y se le escapó como una queja, como un lamento: «*Las realidades de las que les he hablado a ustedes, yo no las he aprendido en los libros, ni me las han enseñado los hombres. Soy simplemente un testigo. Y la veracidad de mi testimonio se comprueba por su conformidad con las enseñanzas de la Iglesia*». Y en otra ocasión: «*Dios me hizo su testigo para hacerme su profeta*»; profeta que tiene que hablar en nombre de Dios a su Pueblo.

Testigo que tiene que dar testimonio; Eco cuya misión es repetir con fidelidad la palabra pronunciada; pequeñez del que nada propio tiene que decir, y riqueza pletórica de la voz por la que se expresa el vivir glorioso y el sangrante penar de la Iglesia: Ésta es la síntesis de la vida y la Obra de la Madre Trinidad.

III

MÁS CERCA DEL ORIGEN DE LA LUZ

**Hilvanando «Retazos de un Diario», «Vivencias del alma»
y joyas de «La Iglesia y su misterio»**

El intentar dar a conocer más a fondo lo que es y lo que trae para la Iglesia la Madre Trinidad, lleva consigo riesgos importantes.

El primero, el de seguir diciendo muchas cosas de ella, pero sin llegar a desvelar o a hacer intuir el filón más hondo que atraviesa toda su vida, el que le da su verdadero sentido y del cual dimana su riqueza.

Sin embargo, quien en verdad y en profundidad quiere acercar a los demás a ese filón oculto, aunque lo vaya haciendo progresivamente, se expone a que quienes le leen o le escuchan, muy pronto o en un determinado momento, piensen que exagera. Este es el segundo riesgo.

Y un tercero, que no es posible correr, sería el dejar al descubierto la intimidad más secreta del alma de la Madre Trinidad. Por eso, sólo después de su muerte, cuando puedan salir a la luz pública sus numerosos escritos, se podrá conocer en su auténtica dimensión el derramamiento de Dios en don sobre la Iglesia, a través de esta sencilla mujer que, por ser tan sencilla y tener en sus manos tales y tantas riquezas, ha tenido que mantenerlas ocultas en secreto.

Su primer libro «Frutos de Oración» lleva como subtítulo «Retazos de un Diario». He pensado que quizá hilvanando algunos de esos retazos, que fueron recortados de su diario con miras a una presentación sis-

temática de la doctrina y la vivencia de la Fundadora de La Obra de la Iglesia, junto con otras «Vivencias» de su alma, sacadas de su segundo libro, y con determinados párrafos de «La Iglesia y su misterio», se puedan sortear los riesgos en el intento de acercarnos al corazón de ese secreto. Todo para bien nuestro, para poder conocer mejor una gracia que el Señor nos ha dado.

Un año de trascendente significado

Los primeros pensamientos que se recogen en el libro «Frutos de Oración» y bastantes temas de «La Iglesia y su misterio» datan del año 1959.

Quienes hayan hecho «El Plan de Dios en la Iglesia» o los «Días de retiro sobre el Misterio de Dios en la Iglesia», que La Obra de la Iglesia organiza como actos de su peculiar apostolado, o hayan escuchado charlas de la Madre Trinidad, la habrán oído evocar el recuerdo de ese año. Es que ha tenido trascendental importancia en su vida. Marca en ella una cumbre hacia la cual sube, como una preparación, todo el tiempo anterior, y de la cual fluye, como de una gran vertiente, todo su vivir y actuar posterior.

En el año 1959, y especialmente en una fecha determinada del mismo, el día 18 de marzo, se obró como un cambio –yo diría sustancial– en la fisonomía espiritual de la Madre Trinidad. De golpe se encontró introducida en los misterios divinos para entender, contemplar, vivir los tesoros infinitos que se encierran en el seno de la Iglesia.

Por acá y por allá, a lo largo de todos sus escritos, se encuentran vestigios o alusiones, más o menos veladas, a ese ser introducida por Dios en su vida íntima: ser «ahondada» en el misterio de su comunicación trinitaria, para allí «sorprender», «entender sin cosas de acá», «ver sin conceptos», «adorar»...

«364. Atraída por la hermosura de tu rostro, me ahondé en tu misterio tan profundamente, que sorprendí tu Ser eterno en bullición infinitamente espiritual de luz y amor. (20-8-61)

439. Cuando me ahondé en el sacro misterio de la Familia Divina, perdí pie y me encontré engolfada en el *Sancta Sanctorum*

de la Eterna Sabiduría, donde el Padre, reventando en Palabra de fuego, nos está deletreando su ser infinitamente amoroso. (18-12-60)»

TU TOQUE EN MISTERIO

Tu toque en mi alma me dice
silencio,
y, cuando me callo, –¡misterio!–
te siento.

Y, ante tu contacto divino...,
me abismo, me pierdo...,
y en tu hondura honda, allí en lo profundo,
te veo tras velos.

Y en mi pecho bulle
una llama de eterno secreto.

Y con tu sustancia repleto mis ansias
en la luz de tu fuego,
que me cauterizan
muy dentro;
donde, sin saber cómo es,
yo te tengo
en un saborear
de eterno misterio,
que es vida sin cosas de acá,
y sin tiempo;
en una armonía que es luz, que es amor
y es concierto.

¡Qué dulce tenerte sin cosas de aquí,
sintiendo tu toque en silencio!

(Núm. 48)

«Yo ya sé de Fuente, de Vida, de Amor... Porque, puesta a la boca de tu engendrar divino, aprendí este saber tan profundo de tu eterno engendrar; y vi cómo, en manantiales de ser, surgía el Verbo en respuesta amorosa de tu decir eterno. Y allí, en



La presente vista ilustra una de las casas del complejo veraniego en Navalperal de Pinares (Avila), donde los miembros de La Obra de la Iglesia disfrutaban sus vacaciones en ambiente de familia.

el abrazo amoroso del Espíritu Santo, yo me sacié en ti para siempre. Pero saciedad que abrió en mí una capacidad tal, que ya sólo podrá llenarse al aparecer tu gloria eternamente». (de «La Iglesia y su misterio», pág. 97)

«984. ¡Silencio, adoración...!, que en este instante-instante de terribilidad de ser, de amor, de eternidad... está siéndose Dios en su serse la Familia Divina y se está besando con la boca buena del Espíritu Santo y, al besarse, mi alma pequeña se siente besada, querida, mimada y ahondada en ese sacro misterio del serse del Ser. Y allí, en el silencio de la Virginidad intocable, temblando de amor, atónita, sorprende a la Virginidad fecunda engendrando a la Figura de su sustancia, en el ocultamiento velado del beso del Espíritu Santo; beso que mi alma posee y tiene por participación para besar a Dios. (21-5-61)

305. Ahondada en el sacro misterio del Silencio, vi que en una sola y silenciosa Palabra estaba dicha toda la vida divina y humana, y entonces, impelida por el amor, me decidí a no decir ni a pronunciar más palabra que Ésta; y, ¡oh sorpresa!, me hice tan Palabra, que sólo sabía cantar la vida de Dios en el seno de su Iglesia. (18- 12-60)»

CON MI VISTA YO TE PIERDO

Cuando me hundo en la luz
de tu infinito misterio,
mi pobre mente se pierde,
quedándome sin conceptos;

y entonces, ¡y sólo entonces!,
me introduzco en tus adentros,
y descubro, con tu Sol,
tu pensamiento
en la eterna trascendencia
de tu Beso.

Y allí admiro tu Verdad,
y allí adoro lo que veo
con la infinita pupila
que Tú te miras en celo
en la recóndita hondura
de tu seno.

Pero, si intento mirarte
con mi vista en el destierro,
sin saber cómo será,
yo te pierdo.

Por eso dame tu luz
y tu fuego,
que es vivirte;
más no quiero.

Cuando te miro en tu vista,
resplandezco.

(Núm. 61)



La Madre Trinidad recibe la Sagrada Comunión de manos del Obispo de la Obra de la Iglesia, D. Laureano Castán Lacoma (3 de junio de 1975).

«1.726. Cuanto yo sé de Dios, se me ha descubierto, no a fuerza de discurrir, sino en el silencio de todas las cosas de acá, mediante el cual Él me ha hablado en su serse Palabra, dentro de mi corazón. (29-1-77)»

«Y yo todo eso lo sé porque, como soy pequeña, me has metido ahí en tu Manantial. Y, al contemplar toda la comunicación impetuosa de simplicidad soberana y de silencio callado, quedando estática ante el rumor de tus cascadas, y al sentirme cautivada, atraída y arrebatada por la hermosura de tu Rostro, “todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”». (pág. 101)

REQUIEBROS EN SILENCIO

Cuando entiendo los misterios del Dios vivo,
yo le adoro y, en su Serse, le venero,
en respuesta que es un canto de alabanza,
entonando mis cantares como puedo.

Con promesas de encendidas peticiones,
Dios es dulce en la hondura de mi pecho,
en requiebros de conquistas silenciadas
que me dejan, con mis noches, trascendiendo.

Yo le llamo con clamores de amor puro,
y Él responde con la brisa de su vuelo,
y se acerca con inmenso poderío,
remontando mis vivencias a su seno.

Y allí vivo en el silencio lo que Él vive,
en el toque delicado de su Beso.
¡Qué palabras de requiebros nos decimos,
sin decirnos más que amor en modo quedo!

El silencio es el misterio de mi vida
con claustrales melodías de secreto.
¡Qué sonoras son las voces del Dios vivo!;
en mi hondura pronunciadas yo las siento.

¡Qué celoso es el Jayán de mis amores
que, en conquistas, me reclama por entero!
Si le busco, Él se lanza a mi llamada,
y me besa con improntas de misterio.

Está dentro mi Amador, le siento cerca,
pues le tengo descansando y satisfecho.
¿Qué me importan los penares de la vida,
si respira mi Señor dentro, en mi pecho?

(Núm. 190)

Quizá ha sido larga la cita de pensamientos, poesías, y textos... Pero se ha dejado en esa amplitud conscientemente, porque, nada como las expresiones de la propia Madre Trinidad, aunque veladas, nos pueden hacer intuir cómo y hasta dónde Dios quiso comunicarse a su alma para hacerla «el Eco», en repetición del palpar de la Iglesia.

Esas frases que se le escapan como flechas vibrantes en la imponente apretura de su espíritu, insinúan algo que sólo se pudo vivir y que no se puede expresar adecuadamente; ni casi intuir por quien no haya tenido parecida vivencia. Pues para intentar penetrar en ella, hay que apoyar forzosamente el pensamiento en cosas de acá que no son las de allá, y que por ello, ineludiblemente las desfiguran.

¿Cuál puede ser el contenido real de ese ser «ahondada en el sacro misterio del serse del Ser», y «engolfada en el Sancta Sanctorum de la Eterna Sabiduría»? ¿Qué significado encierra el «sorprender al Ser eterno en bullición infinitamente espiritual de luz y amor» y a la «Virginidad intocable engendrando a la Figura de su sustancia»? ¿Y el «ver con la eterna Pupila» «cómo surge el Verbo en manantiales de ser»? Y... y... ¡Planes del Señor en derramamiento luminoso sobre su Iglesia!, siempre sorprendentemente nuevos en las circunstancias del momento, y siempre los mismos en el misterio de Cristo, «de cuya plenitud todos recibimos gracia tras gracia...». (Jn 1, 16)

Repleta de la sabiduría del Inmenso

Abriendo sus libros al azar, cualquiera de los capítulos que leamos, nos puede dar idea del torrente de sabiduría que Dios ha volcado sobre el alma de la Madre Trinidad y de la hondura a que la quiso llevar en la manifestación de sus misterios.

Como exponente, puede servirnos transcribir aquí algunos de los títulos de sus temas, de sus poesías o de los que encabezan series de pensamientos en «Frutos de Oración»:

- Dios es la Vida por serse el Ser subsistente en sí mismo
- El saberse, en Dios, es serse
- Infinitud
- Dios se es el Silencio
- Los atributos, en Dios, no son Personas



*La Madre Trinidad
con Monseñor Ragonese,
Obispo Auxiliar de Roma,
el día 6 de noviembre
de 1977, en la inauguración
de la casa de La Obra
de la Iglesia en Vía Rodi,
Roma.*

- Dios se es Personas por serse el Entendimiento infinito en subsistencia eterna
- La razón de ser de la Persona del Padre
- El gran misterio de Dios
- El gran misterio de la Encarnación
- El Cristo Grande de todos los tiempos
- Plenitud del sacerdocio de Cristo
- María es un portento de la gracia
- Madre de la Iglesia
- El sacerdocio de María
- El sacerdocio de Cristo participado por el hombre
- El gran momento de la Consagración
- El rostro de la Iglesia
- Participación de la vida divina
- El gozo de la cruz
- Teología viva
- El respirar del Dios vivo en la hondura del alma
- El Amor besa en silencio
- Oración y apostolado
- Testimonios vivos de Iglesia en medio del mundo

- Hijos de Dios y hermanos en Cristo con todas las consecuencias
- Dios es la Eterna Virginidad
- Fecundidad de la Virginidad
- El amor puro en el Cielo
- El mañana de la Eternidad
- Etc., etc., etc.

Pues, no sólo de estos temas, sino de cientos como éstos, habla y escribe la Madre Trinidad amplia, detallada y matizadamente, con una hondura y exactitud teológicas que asombran, en sus seiscientas charlas recogidas en cinta magnetofónica, en las casi trescientas en vídeo y en los más de treinta tomos que contienen sus escritos. Y esto sin haber leído un libro de teología, ni de letras, filosofía o ciencia, y habiendo pasado su juventud, hasta el año 1959, despachando en un comercio o atendiendo a su hermano en Madrid.

Inmensamente consciente de su pequeñez humana y del infinito poderío de Dios, formula en este pensamiento una de las actitudes fundamentales de su espíritu:

«1.098. Mi gran riqueza es no tener ninguna riqueza humana; mi gran riqueza es no ser, no poder, no saber, no servir; es ser pequeña, pobre, desvalida, no teniendo ciencia, ni sabiduría humana, que estorbe al don infinito de Dios depositando en mi pobreza su riqueza, en mi pequeñez su grandeza, en mi nada su todo, en mi muerte su vida, en mi ignorancia su sabiduría y ciencia. (19-4-64)»

Palabra con el Verbo

Volviendo al significado del año 1959, hay que decir, además, que, a partir de entonces, al mismo tiempo que el pensamiento divino inunda en su luz el alma de la Madre Trinidad, una fuerza interior, contra la que ella lucha y a la que no puede resistir, la impulsa a expresar lo que ve:

«786. Cuando la Palabra del Padre es pronunciada en mi alma en voluntad infinita de que yo rompa en canción, es el Espíritu Santo el que rebulle en mi pecho abriéndome para recibir la donación del Eterno y haciéndome romper, en el amor de sus fuegos, en canción de Iglesia viva a los hombres. (25-4-78)

1.020. Siento necesidad de exponer los poemas de mi corazón, me abraso en ardores por descifrar sus vivencias, me consumo en ansias de manifestar mis contactos con el Eterno, porque el fuego de Yahvé es, dentro de mí, ímpetu infinito de explicación cantora. (9-12-72)

1.015. Toda mi alma arde en necesidad de manifestar al Infinito, porque yo me siento Iglesia Católica, Apostólica y Romana y tengo que cantar la alegría y felicidad de mi Padre Dios. (15-9-63)»

HIRIENTES SON TUS PALABRAS

¿Por qué pones cuanto quieres
en el fondo de mi pecho,
como carbón encendido
de cauterizante anhelo?

¿Por qué tu obrar es decirme
conversaciones de Inmenso
con improntas de quehaceres
que yo he de cumplirte presto?

¡Hirientes son tus palabras,
cual grabaciones a fuego!,
que me imprimen lentamente
tus infinitos deseos.

Tu querer es, en mi hondura,
profundo como los celos,
y, aunque intente resistirme,
tu amor doblega mi empeño,

por ser cuanto Tú me pides
tan constante como el Cielo,
que no cambia en cuanto busca,
por ser tu decir eterno.

¡Inútil que me resista;
tu Palabra es como fuego!

(Núm. 188)



Casa de Apostolado de La Obra de la Iglesia en el Pinar de las Rozas (Madrid), donde todos los años centenares de personas descubren el verdadero rostro de la Iglesia guiados por la palabra de la Madre Trinidad.

Riqueza de la Iglesia

Tiene que decir también que todo aquello que ha contemplado y vivido al ser introducida por Dios en la hondura de su vida y en la grandiosidad infinita de su derramamiento hacia fuera, es la vida de la Iglesia, su verdadera riqueza, la hermosura que la envuelve y el manantial que brota de sus entrañas para saturar de divinidad a todos los hombres de la tierra:

«743. Eres toda hermosa, Hija de Jerusalén; estás engalanada con la Santidad infinita que te envuelve, penetra y satura, teniendo en ti, por Cristo, todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. (21-3-59)

748. ¡Qué alegría tan grande que, en el seno de la Iglesia, esté la riqueza de Dios tan maravillosamente, que las tres divinas Personas se entregaron a ella como regalo de amor en el día de sus bodas! (25-5-59)

750. Iglesia mía, el Padre te da su Palabra para que te abra su seno amoroso, el Verbo te dice todo el secreto de la vida eterna, y el Espíritu Santo te abrasa en su fuego, depositando en ti sus tesoros y carismas, para que, por tu medio, las almas vivan su filiación divina y se metan en el seno del Padre. Iglesia mía, ¡qué hermosa eres!, ¡cuánto te amo! (21-3-59)»

«Iglesia mía, ¡qué hermosa eres...! Toda hermosa eres, Hija de Jerusalén.

“Tus ojos son palomas”, porque tu mirar es con el mismo mirar del Padre.

Tu boca es toda dulce, suave, porque tu boca es el mismo Verbo Encarnado que, rompiendo en Palabra, sale por ti.

Iglesia mía, estás encendida. “Tus mejillas son como la grana”, enrojecidas por el fuego mismo del Espíritu Santo.

Eres “ejército en batalla”, reina con tu realeza recibida del mismo ser de Dios, fuerte con la misma fortaleza del “León de Judá”». (pág. 419)

«754. Un manto real de sangre envuelve a mi Iglesia Madre; un manto real que su Esposo, Cristo Jesús, le donó el día de sus bodas, ya que, enloquecido de amor por ella, le dio como regalo su sangre divina, con la cual pudiera perdonar y divinizar a todos sus hijos. (14-11-59)»

«Quiso el Amor dar una Madre a su Iglesia santa, y para dársela según Él mismo necesitaba, primero se la hizo para Él, para podernos dar su misma Madre». (pág. 429)

«757. ¡Qué hermosa es María...! ¡Pero si aún es más rica la Iglesia...! porque en su Cabeza es el mismo Verbo de la Vida encarnado, que tiene consigo al Padre y al Espíritu Santo, con María como Madre de todos los hombres. (20-3-59)

700. Imaginemos a un lado a la Trinidad viviendo su vida; a otro lado a la humanidad; en medio a María. Una de las tres divinas Personas —el Verbo—, se viene al seno de la Virgen y se une

a una humanidad, trayendo consigo al Padre y al Espíritu Santo. Esta humanidad injerta en sí, misteriosamente, a todos los hombres. Y, así, en la Madre de Dios, comienza la realización del gran misterio de la Iglesia. (12-1-67)»

Iglesia desgarrada y de luto

No sólo contempla a la Iglesia en su riqueza, «...engalanada y enjogada con la misma Divinidad, que sobre ella se derrama en cataratas de ser y en trinidad de personas» (745), «...llena de sabiduría y fuerte como ejército en batalla al contacto del beso infinito del Espíritu Santo» (775), «que la hace Virgen-Madre de todas las almas» (777), para que dé a todos los hombres la vida infinita «con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo» (857); sino que la tiene que ver desgarrada y de luto, desfigurada por nuestros pecados, abandonada de sus propios hijos, «guardando su pena en el silencio de la incompreensión» (803):

«798. En el seno de la Iglesia mía hay unas cavernas abiertas sin cicatrizar, sangrando, en espera de su llenura con la vuelta de los hijos que la dejaron herida, desgarrando sus entrañas al marcharse de su seno de Madre... (14-11-59)

801. La Iglesia está de luto por los hijos que se fueron de la Casa paterna. ¡Cómo llora la Iglesia por esos hijos perdidos...! Todo aquel que palpita con ella, tiene que estar de luto y triste, porque del seno de esta Santa Madre arrancaron, llevándoselas de sus entrañas maternas y dejándolas desgarradas, a las ovejas del Buen Pastor. (30-3-59)

802. Mientras la Iglesia está sangrando y desgarrada, muchos de sus miembros están buscando la felicidad en las cosas terrenas, en vez de compenetrarse con ella y participar de su dolor. (14-11-59)

800. Iglesia mía, ¿quién podrá consolar tu dolor...? Eres Raquel que está llorando por sus hijos muertos, los hijos que se fueron de la Casa paterna... Y en tu Getsemaní, lloras también la tibieza, frialdad y desamor de muchas de tus almas consagradas. (14-11-59)»



Capilla de la Casa de Apostolado del Pinar de las Rozas (Madrid).

Nada mejor que este poema puede expresar el contraste de gozo y dolor que la riqueza y tragedia de la Iglesia imprimen en su alma:

AUNQUE TE HAYA VISTO TRISTE

Aunque te haya visto triste,
morena y desencajada,
ocultándote en tu luto
y en tierra abofeteada;
tras tu tristeza y tu angustia,
tras tu entraña desgarrada,
apercibo en tus pupilas,
en tu profunda mirada,
una luz tan infinita
que me deja subyugada.

Es la mirada del Verbo
que, en centelleantes llamas,
revienta por tus pupilas
en silenciosa Palabra;
expresando en un concierto
de melodías sagradas,
las perfecciones eternas
del que en tu seno remansa.

Aunque a veces mi oración
te vea tan ultrajada,
siempre trasunto en tu vida
la riqueza que te embarga,
las Aguas en que te anegas,
al mirarte en tu mirada.

Iglesia, ¡cómo te veo...!:
toda en tu ser impregnada,
envuelta en Sabiduría,
en Caridad repletada,
cuando te miro en tu hondura,
aunque me ocultes tu cara.

Y aunque te quieras mostrar
a mi ser tan ultrajada,
tú sabes que te conozco;
y que, por muy humillada
que ante mí tú te presentes,
veo en tu pena callada
al Esposo que, en tu seno,
descansado, se remansa.

Pues aunque sé que estás triste
y en tus miembros desterrada,
también sé que eres gloriosa
en la Fiesta del que amas.

Iglesia, ¡qué hermosa eres...!
en tu gloria repletada,
rodeada de los hijos
que, llegando en la mañana

al día eterno de Dios,
en su festín te regalan.
Y «allí», sin velo de luto,
sin tu faz desencajada,
sin tu mirar entre llanto,
con tus sienes coronadas,
te veo fluyendo en Luz
de rompientes cataratas,
abrasada y reposando
en el Pecho del que amas.

Son tus mejillas luceros
por donde el Sol se derrama,
como volcán encendido
en refrigerantes llamas.

Te veo llena de hijos,
como virgen desposada,
palpitante y rebosando,
cual Esposa coronada,
en manantial infinito
de la dicha que en ti mana.

Iglesia, ¡eres la misma...!
aunque te vea tirada,
aunque me pidas ayuda...

Y aunque me ocultes tu cara,
envolviéndote en tu manto
cual mujer abandonada,
yo sé mirar en tu angustia
la hermosura que te embarga,
la belleza del Dios vivo
que, tras tus noches, me habla.

Por eso, cuando te miro
en esta tierra manchada,
y te quieren destronar,
aunque nunca lo lograran,
mi alma revienta en llanto
por tu dolor anegada,
ante el amor que te tengo

y la unión que a ti me abraza,
en medio de la tiniebla
de densas noches cerradas
y repletas de dolor
en que te mira mi alma...

Iglesia, ¡ponte de pie!
¡y descúbrete tu cara!
¡tira tu velo de luto!,
¡preséntate repletada!,
¡y aplasta con tu poder,
con la luz de tu mirada,
la soberbia que te escupe
en tus mejillas sagradas...!

¡Levántate, Iglesia!, ¡pronto!,
¡que la confusión avanza
y se asustan los pequeños
con la doctrina que engaña!
¡Descúbrete pronto, Iglesia!,
¡y con tu fuerza arrebatas
los corazones sencillos;
al mismo tiempo que aplastas
la soberbia de los grandes
con tu sapiental Palabra...!

¡Levanta, Iglesia, no tardes!,
¡hoy te lo implora mi alma!
Que si tú quieres ayuda,
todo mi ser está en guardia
para esperar que Dios hable
diciéndome su Palabra.

Yo iré donde Él me mande,
yo correré sin tardanza,
¡pero no te quiero ver
con tu faz desencajada,
tirada en tierra y llorosa,
jadeante y encorvada...!

¡Tira tu velo de luto!,
¡anda, Iglesia, Madre amada!,
y muéstrame nuevamente
la belleza que te embarga,
la riqueza del Dios vivo
que tras tus noches me habla...

¡Anda, Iglesia, no te tardes,
que mi alma está encelada,
y si le pides ayuda,
con su milicia está en guardia!

(Núm. 56)



*La Madre Trinidad transmite su honda vivencia del misterio de la Iglesia por su palabra
llena de fuego y profundidad teológica (24 de marzo de 1979).*

Voz que proclama una urgente renovación

El contraste de esa doble realidad de Iglesia gloriosa y desterrada, vestida de fiesta y de luto, resplandeciente de Divinidad y afeada por los pecados de sus hijos, repleta de vida y desgarrada en sus entrañas maternales, se hace en el alma de la Madre Trinidad grito urgente que proclama y reclama una renovación:

«799. Los hermanos separados han salido de la Iglesia por no conocer la felicidad infinita que hay en su seno, y porque nosotros, los que somos Iglesia, al no vivir hondamente de sus riquezas, hemos desfigurado la faz hermosa de esta Santa Madre. (14-11-59)

836. Hace falta que se reavive el dogma entre los miembros de la Iglesia, para que todos sus hijos, viviendo su ser de Iglesia, entren en intimidad con la Familia Divina. (21-3-59)

837. Mi alma siente gran necesidad de que conozcan a mi Madre Iglesia tal cual es: en su vida, en su hermosura, en su tragedia y en la riqueza que en su seno se encierra, que es Cristo, trayéndonos, por María, el mensaje eterno de la Trinidad, como riqueza infinita, para que, al mirarla, vean el rostro de Dios en ella. (21-3-59)

1.775. Es necesario que se ponga la teología al alcance de todos los hijos de Dios dándosela caldeada en el amor para que vivan en intimidad con la Familia Divina. (21-3-59)

838. Hay que presentar a la Iglesia con toda su hermosura, viendo la vida de la Trinidad, de Cristo y de María mediante una gran caridad, para que vengan todos los hijos separados que se fueron del seno de esta Santa Madre, porque nosotros, los que somos Iglesia, no se la presentamos en toda su belleza. (21-3-59)»

«Quiere también el Señor... que haya como una revolución cristiana dentro de la Iglesia, de manera que se la presente a todos los cristianos con toda su riqueza, como cuando los Apóstoles rompieron cantando tan contentos con el Verbo». (21-3-59) (de sus escritos inéditos).



La Madre Trinidad después de comulgar, profundizada y trascendida en unión íntima y reverente con Jesús en su pecho. Fiesta de la Santísima Trinidad de 1980.

El Eco de la Iglesia

Este paso de Dios en derramamiento de luz y amor acerca del misterio de la Iglesia, en impulso irresistible de manifestarlo a los hombres, en grito desgarrador ante su tragedia y en petición urgente de una profunda renovación, dejó como acuñada el alma de la Madre Trinidad con un sello, con una vocación, con una misión dentro de la Iglesia:

«1.023. Yo soy el “Eco” de la Iglesia mía, que ha de estar siempre repitiendo la Voz que en sí recibe; Voz que la Iglesia tiene en su seno, que es el Verbo. Por eso yo no necesito ni tengo nada nuevo que decir o enseñar, no; yo sólo soy el “Eco” que se deja oír en repercusión del canto de la Iglesia. (20-4-64)

1.024. Soy el “Eco” de la Iglesia, porque su vivir, su misión y su tragedia son el vivir palpitante de mi *alma-Iglesia* en expresión de eco. (4-5-75)

1.016. Esta es mi vocación, éste mi llamamiento: ser Iglesia y hacer de todos Iglesia. (15-9-63)

1.953. Mi misión es cantar, ¡cantar...!, ¡cantar la riqueza de la Iglesia mía! Para otra cosa no tengo tiempo ni lugar en mi espíritu. (2-6-65)»

ECO EN REPETICIÓN...

Brotan de mi mente bellos pensamientos,
ternuras y afanes, requiebros de amor;
quiero, en mis nostalgias, decir cuanto entiendo
por el gran misterio de la Encarnación.

Palabras eternas oigo en mis adentros,
voces del Dios vivo que, en conversación,
se dan y retornan con dulces amores,
en las contenciones de su perfección.

Soles son los Ojos del Padre sapiente,
lumbreras de fuego que, en su resplandor,
mirando hacia dentro en su poseerse,
sabe en un saberse que le hace ser Dios.

Nada hay tan sencillo, tan dulce y secreto,
como las candentes lumbreras del Sol;
pero hay que entrar dentro del *Sancta Sanctorum*,
donde, en los arrullos del Eterno Amor,
se besa el Inmenso dentro de su entraña
en el gran misterio de su posesión.

Bullen en mi mente tiernos pensamientos,
surgen a raudales de mi contención...
¡Y, por más que digo, no rompo el encierro
de aquello que entiendo cuando me habla Dios!

Él habla a mi alma junto a mi Sagrario,
en ratos callados de contemplación.
Y, en las melodías de unas notas dulces,
entiendo a María en la Encarnación;
penetro su Adviento secreto y silente,
lleno de romances en beso de Dios.

Y en Belén recibo al Dios hecho Niño,
que pide llorando mi retornación;
al mismo que un día, orando en el Huerto
con hondos lamentos en su postración,
se quejó a mi alma, pidiéndome ayuda
en la noche triste de la inmolación.

Junto a mi Sagrario todo queda claro
y comunicado en explicación.

Y sé que, si muere Cristo entre ladrones,
es por la excelencia de su perfección,
que, mostrando amores, dijo cuánto amaba
por su serse Inmenso dándose en amor.

Todo queda dicho junto a mi Sagrario,
que, en tiernos coloquios de silente don,
descorre los velos que oculta el misterio
y va descubriendo su eterna misión.

Que nadie pregunte a mi alma herida
cómo he aprendido o quién me enseñó
todos los misterios de mi Madre Iglesia:
¡Es que soy su Eco en repetición!

Que lo sepan todos, cuando yo me muera:
que, en mis soledades, por la incomprensión,
me mató la pena que envolvió el silencio,
porque mi mensaje no se recibió.

¡Que vengan mis hijos y digan mi canto,
y por qué mi vida siempre fue el dolor;
y es que, en los silencios de un Sagrario en noche,
aprendí adorante por qué Dios murió!

Yo vi que callaba gimiendo en amores,
siéndose Palabra, Luz de eterno Sol.

(Núm. 245)

Lo que puede sugerir una sencilla pero directa manifestación

Sencilla, breve, casi tímidamente, como quien no dice nada, pero teniendo que expresar una realidad muy fuerte sin faltar a la verdad y cumpliendo una obligación de justicia para con Dios que así ha querido las cosas porque a Él le ha parecido bien, la misma Madre Trinidad resume en la Introducción del libro «Frutos de Oración» lo que ha sido en su vida el año 1959 y lo que en ella se obró a partir de entonces:

«A partir del año 1959, en largos ratos de oración, Dios me fue manifestando de una manera profunda, cálida y viva, la riqueza de la Iglesia con su vida, misión y tragedia, descubriéndome en sapiental sabiduría, la intercomunicación familiar y hogareña de las divinas Personas, el misterio trascendente de Cristo en su Encarnación, vida, muerte y resurrección, y la hermosura centelleante de María como Madre del Verbo encarnado y de la misma Iglesia.

También, en el año 1959, Dios imprimió en mi espíritu que había que hacer una revolución cristiana en el seno de la Iglesia, y que había que dar la teología viva y caldeada en el amor, presentando a todos los hombres el verdadero rostro de la Iglesia llena de hermosura y plenitud, llena de juventud y lozanía, llena de santidad y belleza. Tan llena, tan pletórica, que la riqueza infinita y el manantial eterno de sus inagotables fuentes, es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, viviendo y morando en ella

en la comunicación de su Hogar infinito; mostrándome también sus planes eternos para con el hombre, deslumbrantes de amor infinito y derramamiento.

He comprendido tanto, tanto..., ¡tanto!, en mi pequeñez, que la lengua humana nunca lo podrá expresar por la distancia infinita que existe entre el que se Es y nuestros limitados recursos.



La Madre Trinidad con el Obispo de La Obra de la Iglesia, Don Laureano Castán Lacoma, el Cardenal Ugo Poletti, Vicario General de Su Santidad para la Diócesis de Roma, el Obispo Auxiliar monseñor Remigio Ragonesi y un grupo de consagrados de La Obra de la Iglesia, con Su Santidad el Papa Juan Pablo II (18 de enero de 1981).

Pero, ante la conciencia clara que tengo de ser el “Eco” de la Iglesia, me siento impulsada a expresar por todos los medios que están a mi alcance, el descubrimiento que de todas esas realidades el Eterno ha hecho a mi alma para que lo comunique».

Dos realidades paralelas que Dios pensó y quiso convergentes

El primer pensamiento, en orden cronológico, que aparece en el libro «Frutos de Oración» lleva la fecha del 25 de enero de 1959.

Ese mismo día, el Papa Juan XXIII, «acogiendo –como él escribió– una voz proveniente de lo alto» y «siguiendo un designio superior adecuadamente intuido, recibido y desarrollado de la divina Sabiduría», anunciaba en la Basílica de San Pablo Extramuros la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Aquella idea que surgió en la mente del Papa, «humilde como una flor del campo», «pequeña como una semilla» –según él decía–, se fue desarrollando maravillosamente. El mismo Santo Padre fue delineando y manifestando los fines del Concilio a lo largo de los tres años que precedieron a su inauguración solemne.

Son tales las coincidencias de estas manifestaciones con lo que, a partir del 25 de enero de 1959, tan fuertemente Dios infundía, hacía vivir e impulsaba a expresar a la Madre Trinidad, que, de no haber plasmado ella esas vivencias mucho antes de que el Papa fuera delineando los fines del Concilio, hubieran parecido desarrollo de las ideas del Sumo Pontífice. Tienen, además, tanta hondura, precisión, viveza y amplitud, que, aunque hubieran sido escritas posteriormente, llevarían en sí mismas el sello de su autenticidad.

Testigos hay de todo esto, a quienes causó impresión el ver después, repetidas por el Papa y el Concilio, las grandes líneas que la Madre Trinidad había trazado ante sus ojos ya en el año 1959.

Sería tremendamente esclarecedor ir haciendo un parangón entre las manifestaciones de los Papas Juan XXIII y Pablo VI sobre lo que tenía que ser el Concilio, y los escritos de la Madre Trinidad a partir del 25 de enero de 1959.

¡Dos acontecimientos que Dios suscitó en la Iglesia en un mismo día, que estaban unidos en su pensamiento, y que Él quiso hacer converger con fuerza imponente cuando hacía exclamar a la Madre Trinidad el 21 de marzo de 1959: «*El Concilio viene para esto*» –para que se realizase en la Iglesia cuanto Dios le mostraba–, y cuando la impulsaba también a ir «*con todo al Papa*»!

No sé si estoy ya bordeando peligrosamente el último de los riesgos que apunté al principio.

Pero cualquiera podrá comprender el terrible muro que se levantaba ante aquella joven de treinta años, sin más apoyo humano que el de su confesor, su párroco y el de algunas amigas, para hacer llegar al que es Cabeza visible de la Iglesia cuanto Dios para él le comunicaba.

Pero la fuerza de lo alto rompió barreras, derribó ostáculos, abajó muros e hizo atravesar fronteras.

Muchas de las personas que fueron testigos de esta desapercibida epopeya viven aún, otras han muerto. También viven algunas y han muerto otras de las que saben o supieron que sólo la voluntad libre de los hombres es capaz de desviar los caminos rectos del Señor.

Cuántos penares ocultos pueden hacernos intuir pensamientos como éstos:

«814. ¡Cómo cuesta la cruz cuando ésta no se comprende, cuando está fuera del margen de nuestros cálculos, cuando no parece voluntad de beneplácito de Dios y, por ello, desgaja el alma de forma, que aceptarla parece conformarse con aquello que una cree no es querer de Dios! ¡¿Cómo poderse gozar en esta clase de victimación?! Y ¿cómo no abrazarse, por amor, a todo aquello que supone crucifixión por la Iglesia? (2-10-76)»

Eco de perenne resonancia

Se inauguró el Concilio como una nueva primavera de esperanza. Pasó dejando sus frutos. Le siguió una época de gracias divinas y de tempestades y convulsiones suscitadas por las debilidades y torceduras de los hombres.

Dios, sin embargo, quiso que la Madre Trinidad continuara siendo «*el Eco*» que ha de estar repitiendo la voz que en sí recibe «*y que se deja oír en repercusión del canto de la Iglesia*».

El Señor siguió descubriéndole como en círculos concéntricos, más y más amplios cada vez, la vida, misión y tragedia de la Iglesia. ¡Cuánto esplendor, cuánta riqueza, cuánta brillantez, cuánto poderío hubo de contemplar la Madre Trinidad en el rostro de la Hija de Sión...!



La Madre Trinidad en 1982.

Su canción de Iglesia se hizo más honda aún, más melodiosa; pletórica de nuevos y riquísimos matices. Siguió alzándose enamorada y encendida, como llamada de Dios a todos los cristianos y a todos los hombres de la tierra para que vinieran a vivir y a beber en el gran festín que con amor infinito el Padre de familias tiene preparado para todos sus hijos:

«Mi Iglesia Santa es la Trinidad en la tierra en expresión divina y humana.

Mi Iglesia es el Habla de Dios a los hombres.

Mi Iglesia es mi Dios con corazón de Madre.

¡Mi Iglesia es mi Madre con corazón de Dios!

¡Iglesia mía!, si no te puedo mirar... Porque eres tan hermosa, ¡tanto!, que yo jamás podré decir la alegría eterna de la felicidad infinita que en tu seno se encierra. Eres ánfora preciosa repleta de divinidad; el manantial por donde la divina Sabiduría se da en Canción sangrienta de Amor infinito a los hombres; la depositaria del secreto de Dios para sus hijos. En ti “están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios”». (págs. 423-424)

«788. La Iglesia es un misterio de unidad; por eso está regida por el Espíritu Santo, que es la unión del Padre y del Hijo, de todos los hombres con Dios y de todos los hombres entre sí con Dios. (22-11-68)

793. El Espíritu Santo se quedó con el Papa y con los Obispos que, unidos al Papa, tienen su mismo sentir y su única unidad, para que la Iglesia sea una en la unidad de Dios. (22-11-68)

794. ¡Oh maravilla de la infalibilidad del Papa, que es capaz de congrega a todos los hombres en un solo pensamiento, y expresarles con seguridad la voluntad infinita de Dios a través de su palabra de hombre! (25-10-74)»

Pero en su misión de «Eco» tuvo que ir viendo también a la Iglesia envuelta en el terror de la noche, tirada en tierra como Cristo en Getsemaní, siendo como demolida por sus propios hijos, y descoyuntada en espantosa tortura:

«805. La nube de confusión que ha caído sobre la Iglesia, envolviéndola en dolores de escalofriante desolación, la hace caminar hacia un doloroso Getsemaní. Clamemos con Cristo y con la Iglesia: “Padre mío, ¿por qué me has desamparado?” (11-3-75)

807. La Iglesia hoy, como Cristo en el Huerto, tirada en tierra, desfigurada y en un trágico desamparo, vuelta hacia sus hijos, les pide ayuda para levantarse; y la mayoría de éstos están dormidos e inconscientes ante su terrible agonizar. (17-12-76)

811. ¡Yo no quiero que se descoyunte a la Iglesia en una escalofriante tortura que la hace chorrear sangre por sus miembros vivos...! ¡Yo no la quiero ver así, escuchando a lo lejos la burlesca carcajada de los soberbios perseguidores de mi Iglesia Santa, de mi Cristo Total! Yo sé su perpetuidad, su indisolubilidad, y también sé que Dios está en celo por la gloria de su Amada. (20-1-76)»

Bajo la sombra de la cruz

Cualquiera puede imaginar que la vida de la Madre Trinidad, ni fue, ni está siendo fácil.

Los caminos por los que el Señor la condujo desde el principio, fueron, sí, caminos de amor, de luz y de donación. Por eso, caminos de gozo y felicidad, porque *«la suprema felicidad consiste en vivir del que Es, y esto hace tan como infinitamente dichoso, que no deja lugar a gustar y apetecer otra felicidad»*.

Pero cualquiera que volviera a recorrer esos caminos con el recuerdo, o guiado por los escritos de la propia Madre Trinidad, los vería o intuiría regados con sangre del corazón; y en ellos se encontraría, como en una vía dolorosa, con «estaciones» que terminan en un monte Calvario, donde no sabe uno qué puede ser más taladrante, si la agudeza de los clavos o el eco de aquellas palabras de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

Paradójicamente, también, por esto, encierran un desconocido secreto de dicha y alegría.

«1.462. El secreto de la cruz encierra un gran deleite, y éste es saber que estamos en ella con Cristo, el cual por nuestro amor murió crucificado. (1-2-64)

1.465. En el padecer, encontré la dicha de amar al Amor por amor a su amor. ¡Qué alegría poder amar así! (8-8-71)

1.484. En la cruz está el Amor, y allí me espera para abrazarme. ¡Misterio que sólo comprende el alma que descubre a Cristo crucificado! (13-11-76)»

Así la cruz fue compañera inseparable de su vida.

Primero se concretó en una voluntad monolítica de seguir al Señor hasta la muerte. Sin esa voluntad, cualquiera hubiera sucumbido a las primeras de cambio, a las segundas, las terceras o las cuartas... ¡Tales fueron las tremendas dificultades que tuvo que soportar a raíz de aquella primera llamada del Señor y que, en algunos aspectos, no disminuyeron con el transcurso de los años!

Después, las dulces enseñanzas de Jesús en el Sagrario, y sus indecibles amores, se trenzaron con sueños profundos del Señor en el alma, con largas ausencias, y noches cerradas.

Eso la permitió captar, vivir y poder comunicar las soledades de Jesús en el Sagrario, y el amor y dolor que encierran sus infatigables esperas.

«927. Jesús, ¿te sientes solo? ¿Te olvidaron los que amas? ¡Su inconsciencia los aletargó! Mas Tú esperas sin cansarte, sin marcharte, por si, en su olvido, volvieran a recordarte con nostalgias... (1-5-77)

920. El Amor Infinito no sabe de cansancios, de traiciones ni de olvido. El Amor es así... ¡ama! (25-10-68)

917. La soledad silente del Sagrario me enloquece, ante el Amor Infinito en espera incansable de amor. (29-1-73)»

Llegó el momento de las grandes comunicaciones. Sumergida en el Manantial mismo de la Felicidad, supo de Júbilo infinito, de Alegría cantora, de Amor dichosísimo, de Paz inalterable... porque todo eso, en infinitud, lo es Dios.

Pero aquel saber, se le daba, no sólo ni fundamentalmente para gustarlo y saborearlo en la más recóndita intimidad del espíritu. Se le comunicaba para que lo transmitiese, se le hacía ver para que lo manifes-

tase, y se le daba a vivir para que, en su «locura» de amor, cantase y contase a los hombres que Dios era la Vida, y como vida infinita quería comunicárseles, cuando les llamaba a vivir de sus misterios.

Y ante el fuego de Dios que le abrasaba las entrañas del alma en urgencias por darle a conocer, hubo de gustar la amargura indecible de la Palabra no recibida: tragedia del Hombre-Dios, que participada por María como Madre de la Iglesia, se perpetúa en ésta durante todos los tiempos.

«642. Buscando al Amado, me encontré con Él y le dije: Amor, ¿por qué sufres? —Por falta de amor a mi amor. (16-3-63)

643. ¿Qué tienes, Cancionero de mi Trinidad una...? —¡Dolor por serme la Canción no recibida! (11-11-59)

638. En mi pequeñez, experimento algo de la amargura que experimentaría Jesús en “la hora del poder de las tinieblas”... ¡Qué misterio tan terrible y desolador el de su alma! ¡Sólo por el poder de Dios, que le sostenía en cada instante, pudo vivir treinta y tres años sin morir de amor y dolor en cada uno de los momentos de su vida! (11-12-74)

809. ¡Qué triste es ver a la Iglesia en su escalofriante Getsemaní, siendo como demolida por sus propios hijos...! ¡Qué triste es verla así...! ¡Cuánto sufro...! Pero en ello encuentro el consuelo de una torturante inmolación por la misma Iglesia. (25-4-75)»

Cuando Dios empezó su actuación más profunda en el alma de la Madre Trinidad, obligándola fuertemente —como a Jeremías— a comunicarlo, era el año 1959. Por lo tanto faltaban años hasta que el Concilio expresara con tanta claridad que «el Espíritu Santo... reparte entre los fieles gracias de todo género, incluso especiales con que los dispone para realizar... obras... provechosas para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia» y que «estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos... hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo». ²

Tampoco había escrito aún el Concilio que también la «tradición que procede de los Apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del

² Const. Dog. «Lumen Gentium», 12



S. E. Mons. Mario Tagliaferri, Nuncio de Su Santidad en España a su llegada en visita a La Obra de la Iglesia, el día 7 de diciembre de 1990, acompañado por el Obispo de La Obra de la Iglesia, Don Laureano Castán y por la Madre Trinidad.

Espíritu Santo, pues crece la comprensión de las cosas y palabras transmitidas... por la percepción íntima que experimentan los creyentes de las cosas espirituales». ³

Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa del Niño Jesús no habían sido declaradas Doctoras de la Iglesia, y muchas mentalidades estaban predispuestas, por la interpretación abusiva de la frase de San Pablo: «Las mujeres, en la Iglesia, callen».

¿Quién iba a escuchar a aquella mujer de apenas 30 años, sin respaldos humanos, sin avales de títulos expedidos por famosas universidades, que alzaba su voz solitaria para hablar del Misterio Trinitario como riqueza esencial de la Iglesia, de que había que llevar a los cristianos a la intimidad con la Familia Divina, y mostrar el verdadero rostro de la Iglesia, reavivar el dogma y dar la teología caldeada en el amor?

La sabiduría se justificaba por sí misma. Por eso nadie pudo tildar a la Madre Trinidad de la más mínima inexactitud teológica. Pero, aunque la acción de Dios era clamorosamente evidente, fueron muchos los oí-

³ Const. Dog. «Dei Verbum», 8

dos sordos, muchos los indiferentes, y hubo de escuchar también «consejos» de que callase, e interpelaciones: «¿Cómo se atreve a tocar estos temas...?!» «¿Con qué autorización habla...?!» («que vengan y me lo pregunten a mí», fue la contestación del Obispo de la Diócesis); y otras muchas cosas, duras de escribir y dolorosas de recordar.

¡Qué miedo...!, ¡qué espanto...! para una persona que nunca supo del mundo de los grandes. Todo porque a sabios y prudentes les era «muy costoso recibir tantas y tan grandes lecciones de una mujer».

Pero no por ello el Señor dejaba de introducirla una y otra vez en el dolor de su corazón traspasado por la indiferencia y el desamor, ni la Iglesia dejaba de mostrársele desgarrada y vestida de luto, tirada en tierra como Cristo en Getsemaní... Y esa contemplación era una cruz con clavos más taladrantes que todas las incomprensiones de los hombres.

«815. Donde yo vaya, mi cruz vendrá conmigo, incrustada en la médula profunda de mi alma. Mi cruz es mi Cristo crucificado, con todo el misterio de su ser y de su obrar, infundiéndose-me en petición de corredención. Mi cruz es mi Iglesia gloriosa y desterrada palpitando en mi corazón con su vida, misión y tragedia, y haciéndome repetición penante que, en eco, quiere manifestarse palpablemente a los hombres. (9-4-75)

816. Iglesia mía, tu nube me envolvió, y por ello, mis pasos por tu noche han quedado cortados, y a duras penas, unidas, caminamos... ¡Pero mañana surgirán tus cantares, y contigo tu “Eco” resonará gozoso en glorias del Dios vivo! (24-2-78)»

La intuición de ese resurgir de la Iglesia en un glorioso mañana lleva implícito el conocimiento de los porqués de su postración y el descubrimiento de los caminos de su auténtica renovación.

«*El silencio es el que guarda el secreto de los grandes misterios*», escribe la Madre Trinidad refiriéndose a la maternidad virginal de María, que la Señora vivía en el silencio de su adviento.

¡Cuántos porqués, cuántas intuiciones de caminos sencillos repletos de amor y de vida, cuántos secretos guarda el silencio del «*Eco de la Iglesia*»...!

Pasaron los años con grandes promesas cumplidas. La Obra de la Iglesia florecía como una realidad magnífica. Se empezaron a ver sus frutos primeros, y quienes los contemplaban quedaron admirados. Proclamaba la riqueza de la Iglesia, y se la empezó a escuchar. Por la mano potente del Señor se le abrió paso, y se le hizo su puesto en la Iglesia.

Y cuando todo apuntaba a horizontes abiertos, a días luminosos, a esperanzas bienhadadas, llegó para la Madre Trinidad la hora de sembrarse en el surco, como el grano de trigo, y «morir».

Una dura y larga enfermedad se abatió sobre ella. La dejó postrada y la imposibilitó aun para recibir los manojos de flores o las brazadas de espigas que a través de su Obra de la Iglesia se le ofrecían, para que ella los levantara como ofrenda de primicias gloriosas para Dios.

Él le pide otros frutos, los que da la cruz. Y parece muy empeñado el Señor en recoger esos frutos contra los esfuerzos de los médicos que no pueden en su lucha con la enfermedad y se sienten impotentes ante algo que se presentó irreductible aun ante la intervención quirúrgica. ¿Hasta cuándo querrá el Señor mantener su empeño...?

Vuelven a brillar tenues luces de esperanza... Pero, viniese lo que viniese, creo que la vida de la Madre Trinidad seguirá transcurriendo, de una u otra manera, a la sombra de la cruz. Esa es también su suerte y lote de su heredad.

CRUZ BENDITA

*Te encuentro en todas partes,
porque te llevo dentro,
impresa en mis entrañas
con beso del Inmenso:*

*Agonías del alma,
que yo guardo en silencio...,
hablas de Dios, sagradas,
selladas en misterio...*

*Te encuentro en todas partes,
pues, si gusto al Eterno,
su petición es fuerte,
¡tanto que rompo en duelo!*

*Te encuentro en todas partes,
mi glorioso trofeo,
respuesta a mis entregas,
premio de cuanto anhelo.*

*Te encuentro en todas partes,
cuando corro al que espero,
porque, en Él, tú me brindas
el premio de este suelo.*

*Te encuentro en todas partes,
mientras lucho en destierro,
siéndote tú mi gloria
y el triunfo en mi torneo.*

*¡Te encuentro en todas partes
hasta que vuele al Cielo!*

(Núm. 209)

Es verdad que Dios está cerca; que la Eternidad «*es ya*»; que la esperanza, más cierta que la muerte, eleva al alma y sublima todos los penares del destierro.

DIOS ESTÁ CERCA

Cercanía de Dios,
apetencias de Cielo,
alegrías de Gloria
en romances de Eterno...

Está cerca el Amor,
en mi pecho lo siento
en nostalgias cercanas...
¡Está cerca el que espero!

(Núm. 112)

Pero también lo es que, cuando Dios ha pasado «*cual ejército en miríadas de imponente fuerza*», «*en ímpetu avasallador*», en «*silbo delicado de suavidad silenciosa*» o «*en profundidad abismal de unión trinitaria*», «*queda el corazón herido por el toque de Yahvé*», «*la sed de Dios es torturante como los celos, terrible como la muerte, encendida como el fuego...*» Y la tierra se hace duro destierro, desierto abrasador, abismo sin luz...



*La Madre Trinidad acogida paternalmente por el Santo Padre Juan Pablo II
en una audiencia privada (3 de febrero de 1996).*

¿Quién podrá comprender esta tortura íntima del alma en «*ansias de amores, suspirando por el encuentro dichosísimo del Dios vivo*»? «*Mientras más tiene más necesita; porque tener es desear y desear es tener*».

Un día más para ella en el destierro ¿qué es...?

— Duro tormento en nostalgia que gime esperando al Amor.

¡UN DÍA MÁS...!

Un día más
¡sin ti!,
sin verte en tu luz
sin velos...
Un día más en mi noche,
viviendo, sin vivir,
en espera
que suspira por ti,
en amor...
¡Qué duro es mi tormento
en nostalgia que espera...!

Un día más...,
¡un día...!;
¡un día más sin Dios, en sol...!,
en torturas de muerte,
en urgencias por verte,
en espera del fin;
en nostalgias que piden
el día del encuentro
en su eterno festín...

Un día más
¡sin Sol...!
Al fin, «un día más
en prueba»,
dirán los que no saben
mi hondura,
al verme suspirar,
sin luz.

Un día más,
¿qué es?:
Tortura que me hace esperar
día tras día
en mi noche,
en nostalgia amorosa
del día del Amor
en luz.
¡Qué duro es al amor
esperar un día más...!

Un día más, ¿qué es...?

(Núm. 13)

Junto a la Sede de Pedro

A la Madre Trinidad «sólo el Señor la condujo y la guió» (Deut 32). Sus confesores, aun los que mejor la entendieron, se limitaron a constatar la autenticidad de esa conducción.

Pero a veces el Señor la llevaba sin saber ella de momento los porqués y el término hacia donde la llevaba. Así ocurrió en su último viaje a Roma.

Movida por Dios, y tras un viaje de muchas vicisitudes, llegó a la ciudad de Pedro el 25 de febrero de 1993. Pero allí la esperaba el Señor para manifestársele el 7 de marzo en el esplendor de su Divinidad, y para darle nuevos impulsos de luz y de acción sobrenaturales. Amanecía un nuevo día tras la noche densa de una larga y terriblemente dolorosa enfermedad en que «*el Eco quedó en silencio, inundado de palabras*».

También en los Profetas hubo tiempos de silencios, que eran como una manera distinta de gritar Dios a su pueblo, quizá por no haberle escuchado en su momento.

Tras aquella visita de Dios, el Eco de la Iglesia volvió a resonar con nuevo timbre. Ante todo comprendió y manifestó que ella debía quedarse ya «*junto a la Sede de Pedro*» para allí vivir y morir. Su vocación la llevaba a ello. Para eso había ido a Roma.

Aquel impulso del año 1959 de «*con todo al Papa*» iba a empezar a realizarse como sólo Dios sabía.

Ya en aquel año, entre los misterios riquísimos de la Iglesia, le había mostrado Dios lo que es Pedro y el puesto que tiene en medio de su Pueblo santo, y había infundido en su espíritu una profunda unión con el Sucesor de Pedro, el Papa, unión que tenía que comunicar a sus hijos y a todos los cristianos, pues:

«57. Sólo en la Iglesia, donde está Cristo manifestándose por el Papa, se da la Verdad en toda su verdad al hombre que la busca en la voz del supremo Pastor. (7-1-70)

56. La Iglesia es un misterio de unidad; y para que sea una en la unidad de Dios, el Espíritu Santo se quedó con el Papa y con



Como siempre, la imagen de la Virgen se alza ante la fachada de la casa de San Pablo en Rocca di Papa (Roma).

los Obispos que, unidos a él, proclaman la unidad de la Iglesia en su verdad, en su vida y en su misión. (22-11-68)»

Y ya en abril de 1959, después de aquella inundación de luces de Dios, destinadas a los hijos de la Iglesia, clamaba:

«58. [...] Si a todo lo que tengo en mi alma la Iglesia dijera que no, por un imposible, yo me arrancaría el alma, porque antes que alma soy Iglesia. (18-4-59)»

Al poco de llegar a Roma, los médicos descubren una nueva enfermedad invasora que la va poniendo en muchos momentos en trance de muerte. La Madre Trinidad mantiene invariable su Sí al Señor y en medio del dolor goza sabiendo que su cruz da mucha gloria a Dios; y eso es el fin supremo de su vida: darle gloria. Ofrecida por la Iglesia, su dolor es muy fecundo.

Pero en medio de todo eso, el soplo de Dios la empuja fuertemente, y ella escribe y dicta en prosa y en verso, y graba vídeos bajo una acción de Dios que no puede contrariar. Su cuerpo se va desmoronando, pero su espíritu —como decía San Pablo— se renueva día a día, y su fertilidad es cada vez mayor para la Iglesia.

Se ve palpablemente cumplida en ella la palabra del Señor: «El poder alcanza su cumbre en la debilidad». (2 Cor 11)

Y la Madre Trinidad deja todo entregado en testamento a La Obra de la Iglesia para que ésta lo mantenga y perpetúe en el seno de la Madre Iglesia.

Por fin, el 3 de febrero de 1996, es recibida por el Santo Padre Juan Pablo II en audiencia privada, donde puede poner su alma, cargada con los regalos de Dios, en las manos del Sucesor de San Pedro, el cual comprende y abraza a esta alma excepcional, que se encuentra confortada, acogida como está por el Pastor supremo de la Iglesia.

En diciembre de ese año, el Papa visitaba la Parroquia de Nuestra Señora de Valme en Roma, encomendada a La Obra de la Iglesia. La Madre Trinidad contaba con recibir la Sagrada Comunión de sus manos y tener luego un breve encuentro con él. Pero inesperadamente se puso tan enferma que tuvo que acostarse, ofreciendo a Dios el doloroso contratiempo como incienso quemado para su gloria.

El Santo Padre al saberlo determinó visitarla él mismo en su lecho de dolor. La bendijo y la consoló con su mano y su corazón de Padre y Pastor supremo. Lloraba la Madre de emoción, humilde y agradecida. Era el 15 de diciembre de 1996. Así el Señor cambió su dolor en gozo. El Papa conocía a la Madre Trinidad, y quiso realizar este hecho altamente significativo.

«El Eco de la Iglesia» había sido recibido por Pedro y, junto a su Sede, descansaba, consolada con el gozo del Espíritu Santo.

Quedaba un deseo acariciado por la Madre desde tiempo atrás.

Y al año de aquella visita, el 20 de diciembre de 1997, el Santo Padre Juan Pablo II aprobaba La Obra de la Iglesia elevándola a derecho pontificio, y manteniéndola en su singularidad, sin encuadrarla en ninguna de las formas ya existentes de vida consagrada. Lo que Cristo había anunciado a la Madre Trinidad cuarenta años antes, el Vicario de Cristo lo confirma formalmente. ¡Dios es fiel!

Ya no hay lugar para que la Madre Trinidad tenga que arrancarse el alma por obedecer a la Iglesia. La Iglesia le ha dicho «sí». Y se lo ha dicho aquel que «cuando abre, ya nadie puede cerrar y cuando cierra, ya nadie puede abrir». (Is 22, 22)

IV

LA OBRA DE LA IGLESIA

En fuerza de una petición

Dios ha querido que ese manantial de luz y ese volcán de fuego que Él ha hecho surgir de la Iglesia misma, se derrame por toda ella iluminando, inflamando y comunicando vida a todos sus miembros. Y ha querido también que se perpetúe mientras duren los tiempos, mostrando siempre a los hombres el rostro bellísimo de la Esposa del Cordero y llevándolos a saciarse en sus refrigerantes aguas.

Para eso, en el año 1963, el Señor la impulsó poderosamente a que le hiciese La Obra de la Iglesia, con todo lo que, desde el 18 de marzo de 1959, Él le había manifestado.

Ella se sentía pobre y pequeña. Lloró... Se resistió cuanto pudo, porque se creía instrumento inútil. Pero, «si ruge el león ¿quién no temblará?; hablando Yahvé, ¿quién no profetizará...?» (Am 3, 8)

Y ante la fuerza irresistible de Yahvé, aquella mujer pobre y desvalida, de apenas treinta y cuatro años, se lanzó a buscar una legión de almas en la que cupiesen toda clase de personas, desde los niños hasta los ancianos, desde el sacerdote al cristiano seglar, incluyendo a los hombres y mujeres que consagran sus vidas a Dios, para que, extendiéndose por toda la tierra e introduciéndose en todos los ambientes, dijese a sus hermanos los hombres lo grande que es ser Iglesia.

Por tanto, puede pertenecer a La Obra de la Iglesia todo aquel que, estando dispuesto a vivir profundamente su ser de Iglesia, quiera ayudar

al Papa y a los Obispos a hacer la obra esencial de la Iglesia que Cristo les encomendó, colaborando a recalentar el dogma riquísimo de la Iglesia.

La unión con el Papa y los Obispos es algo esencial, irrenunciable, incrustado en las entrañas mismas del alma y la vida de la Madre Trinidad: «*No puedo vivir sin Obispo como no puedo vivir sin Dios*». Frase suya que nos manifiesta hasta qué punto llega su adhesión y comunión vital con los Pastores de la Iglesia.

Con ocasión del Jubileo de los Obispos del año 2000, llegó a La Obra de la Iglesia la petición por parte del Comité organizador del Gran Jubileo, de hospedar a los Sres. Obispos de paso por Roma.

La petición tocó una de las fibras más sensibles del corazón de la Madre Trinidad.

Decenas y decenas de Obispos de todas partes del mundo han sido huéspedes de La Obra de la Iglesia, que les abrió de par en par sus casas ofreciéndoles todo cuanto tiene para hacerles vivir como en sus propios hogares.

La Madre Trinidad hubiera querido, necesitado, ir personalmente a recibirlos o por lo menos a saludarlos y pedirles su bendición. Pero sus condiciones de salud la obligaron a renunciar a una de las ilusiones y satisfacciones más grandes de su vida. Y ante esta impotencia se sintió impulsada a hacerse presente al menos por una carta de la que entresacamos algunos párrafos en los que se transparenta cristalina y como en acción lo que son para la Madre Trinidad los Obispos de la Santa Madre Iglesia, «*sus Obispos queridos*» —en palabras suyas—, el amor filial que siente por ellos y toda la generosidad de su *alma-Iglesia*, Eco en repetición de su vida, misión y tragedia, para los que son sus Columnas, sobre las que el mismo Cristo quiso fundamentarla:

«Venerados y amadísimos Señores Obispos en el corazón de la Virgen Blanca de la Encarnación:

En este día de la Santísima Trinidad, tan emotivo y de tanto agradecimiento a Dios, por tener en nuestra Casa de «San Pedro Apóstol» a un número significativo de los Sucesores de los Apóstoles; deseo comunicar a los que han venido a compartir estos días con La Obra de la Iglesia en nuestro hogar, que estamos llenos de gozo.



Fachada de la Casa de Apostolado de San Pedro Apóstol en Roma.

Porque La Obra de la Iglesia es consciente, por un designio de la voluntad divina, de lo que son los Obispos en el seno de la Iglesia; a través de la conciencia que la sabiduría divina, amorosamente penetrante, infundió dentro de mi espíritu en mis ratos de oración, haciéndome conocer lo que son los Sucesores de los Apóstoles, como también a través de diversas comunicaciones, sencillas pero profundas, que mi alma ha recibido con relación a “mis Obispos queridos”, como les llamo, desde el tiempo del Concilio.

Y especialmente desde el día de la Santísima Trinidad del año 1968, en el cual al venir un Sr. Obispo a visitarnos para presidir una Concelebración de Votos en La Obra de la Iglesia; el Señor me hizo comprender, saborear y vivir que cuando un Obispo entraba en nuestra casa, era el mismo Jesús quien venía a visitarme, y, por lo tanto, a visitarnos a todos; y que, como a Él, le teníamos que amar, venerar, y corresponder, llenos de agradecimiento, en el tiempo que nos fuera concedido el regalo de tenerle entre nosotros.

Sencilla y espiritual comunicación que me hizo vivir todo aquel día ante aquel Sr. Obispo que, por primera vez, visitaba nuestra casa, llena de un profundo recogimiento y viendo en su rostro el rostro de Jesús.

¡Era uno de mis Obispos queridos, a los que yo tenía que venerar y atender como Marta y María lo hacían en Betania con Jesús!

Cosa que enseñó a mis hijos, los cuales, llenos de gozo, reciben en su casa a los Sucesores de los Apóstoles.

Por lo tanto, mis Obispos queridos, considérense en su casa, porque es suya; y así mismo consideren a los miembros de La Obra de la Iglesia, como hijos amadísimos que, en adhesión incondicional a la Santa Madre Iglesia, les agradecen vehementemente el que Jesús haya venido a visitarnos tan amorosamente en vuestras personas Reverendísimas.

¡Gracias por haber venido a su casa! ¡Dios se lo pagará y recompensará eternamente!

Y por si era poco, mis amadísimos Señores Obispos, representantes de Jesús en la tierra, portadores de su mensaje y testigos visibles de su presencia, el día 7 de enero de 1972, también cuando estábamos inaugurando una de nuestras parroquias, y había venido a bendecir la iglesia el Sr. Cardenal de la diócesis;

estando yo sufriendo durante el Sacrificio Eucarístico de la Santa Misa, por la dura prueba que mi espíritu viene sufriendo desde el año 1959, al no haber sido comprendida ni recibida, como Dios quería, con cuanto, para que lo comunique, el Señor me viene manifestando desde el 18 de marzo de 1959, con el encargo de ayudar a la Santa Madre Iglesia con la descendencia que Jesús me había pedido para este fin, la cual es La Obra de la Iglesia, continuadora y perpetuadora de mi misión;

el Señor en el momento trascendente y sublime de la Santa Misa, nuevamente imprimió en mi espíritu, que un Obispo era uno de los Doce Apóstoles que en sus Sucesores se perpetuaban para la consolidación en perpetuación del Pueblo de Dios, que es la Santa Madre Iglesia;

depositaria, como mis Obispos queridos conocen mejor que yo, de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, repleta de Santidad y saturada de Divinidad, siendo Cristo su Cabeza, su gloria y su corona que se trajo consigo al seno de esta Santa Madre al Padre y al Espíritu Santo, haciéndola el Santo Templo de Dios y morada del Altísimo, por el mis-

terio esplendoroso de la Encarnación, obrado en las entrañas de la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia;

donde la Trinidad infinita se ha quedado con el hombre, y el hombre mora con la Trinidad siendo hijo de Dios, partícipe de la vida divina, y heredero de su gloria.

Porque soy y me siento más Iglesia que alma, y antes me tendría que arrancar el alma que dejar de ser Iglesia Católica, Apostólica y Romana, no puedo vivir sin Obispo como no puedo vivir sin Dios.

También en otro día gloriosísimo, el 5 de abril de 1959, en la profundidad de la sabiduría divina, llena de amor en el Espíritu Santo, el Señor me hizo penetrar en lo que era San Pedro en el Cielo y en la tierra, con las llaves del Reino de los Cielos en sus manos, para abrir y cerrar las puertas suntuosas de la Eternidad, y dando paso a los elegidos de Dios para entrar en su Reino.



Capilla de la casa de San Pedro Apóstol, una de las Casas de Apostolado de La Obra de la Iglesia en Roma.

Por lo que la más pequeña, última, pobrecita y temblorosa de las hijas de la Iglesia, el día 15 de diciembre de 1996, exclamó con gemidos inenarrables desde lo más profundo de su corazón, ante la cercanía del Sucesor de San Pedro, Cabeza visible de la Iglesia y Pastor universal del Pueblo de Dios por el incalculable e inapreciable regalo de que se dignara venir a bendecirme y confortarme en mi lecho de dolor: ¡Gracias, mi Santísimo Padre! ¡Gracias!, pero yo no soy digna de que haya venido a visitar tan paternal y misericordiosamente a la más pobre y última de las hijas de la Iglesia, cuando estaba enferma.

Mas como las misericordias de Dios no tienen fin y colman todas las esperanzas de quien en Él confía; el Señor me concedió la gracia, que siempre guardaré en lo más profundo de mi corazón como uno de los regalos más preciados de mi vida, de que mi Santísimo Padre viniera a visitarme cuando la imposibilidad física de mi enfermedad no me permitió ser yo, en la pequeñez de mi nada, la que fuera a encontrarme con el Sucesor de San Pedro, a quien tanto amo y tanto le debo con mi Obra de la Iglesia;

enfermedad que me hace vivir en una inmolación constante, en renuncia continua desde el 30 de marzo de 1959, cuando al contemplar a la Iglesia que me pedía ayuda cubierta con un manto de luto, con sus entrañas desgarradas por el dolor de sus hijos que se marchaban de su seno de Madre por no conocerla bien y, por lo tanto, no amarla como la Santa Madre Iglesia espera y se merece;

me ofrecí a Dios como víctima para glorificarle, ayudando a la Iglesia con cuanto, para que lo realizara, Él me había manifestado y encomendado desde el tiempo del Concilio; cosa que ya he llevado a la Iglesia por indicación de San Pedro, y que he depositado por voluntad de Dios en La Obra de la Iglesia, para que ella lo realice durante todos los tiempos, custodiándolo y proclamándolo por su vida y su palabra, con el único fin de dar gloria a Dios, ayudar a la Iglesia y dar vida a las almas, junto al Papa y mis Obispos queridos, ayudándoles a realizar la misión esencial que Dios les encomendó, como a Sucesores de los Apóstoles, en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Por lo que a mi Santísimo, venerado y amado Padre Juan Pablo II y a mis Obispos queridos, que han venido a nuestra casa a hacernos presente al mismo Jesús en los Sucesores de los Apóstoles, toda La Obra de la Iglesia, regalo que Dios quiso hacer a su Iglesia en un día de Pentecostés cuando Jesús se la pidió a mi alma, les dice:

«¡¡Gracias, mi Santísimo Padre, Dios se lo pague!!»

¡¡Gracias, mis Obispos queridos, nosotros no somos dignos, pero las misericordias de Dios no tienen fin!!

Por lo que cuando nos preguntaron en el Vicariato de Roma que cuánto costaba el alojamiento de los Obispos que venían a nuestra casa, gozosamente contestamos que nosotros no cobrábamos a los Obispos y que sólo teníamos que agradecerles el que vinieran a nuestro Hogar y agradecérselo a Dios también porque Jesús en los Sucesores de los Apóstoles vendría a visitarnos.

Los dones de Dios no tienen precio. Y el precio es pedirles a Vds. que nos ayuden a ayudar a la Iglesia.

¡Ayudadme, mis Obispos queridos!, ayudadme, como Sucesores de los Apóstoles, a poder ayudar a la Iglesia del modo y la manera que Dios me lo pidió desde el tiempo del Concilio con cuanto, para que lo realizara, Él manifestó a mi alma con la petición de:

“¡Vete y dilo...! ¡Esto es para todos...!”

Cobijada bajo el pastoreo de Vuestras Paternidades, pide su bendición pastoral con su descendencia, la más pequeña, pobre y desvalida de las hijas de la Iglesia».

El vivir íntimo de los miembros de La Obra de la Iglesia

El primero y más importante quehacer que la Madre Trinidad pide a sus hijos de La Obra de la Iglesia es *VIVIR*.

«*¡Vivir...!, palabra que oculta un gran misterio de felicidad, alegría y eternidad*» (pág. 445). Porque la vida a la que son llamados a repletarse en abundancia los miembros de la Obra, por ser Iglesia, es toda la riqueza que se remansa en el seno de esta Santa Madre. Es la misma vida de Dios que en ella se nos comunica; es el misterio de Cristo en su profundidad, altura, anchura y longitud inconmensurables; es la hermosura, la brillantez, la blancura, la ternura y la grandeza de la Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia.



La Madre Trinidad rodeada de un grupo de miembros de La Obra de la Iglesia, el día 10 de febrero de 1996, en peregrinación a la tumba de San Pedro.

Es aquello que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ascendió jamás a corazón humano» y que Dios tiene preparado para los que le aman.

Los miembros de La Obra de la Iglesia han de vivir para saciar la sed torturante que todo hombre tiene de felicidad, para llenar su razón de ser, y encontrar y dar el sentido pleno a esto tan efímero, limitado y cargado de dolor y de muerte que llamamos vida humana.

Y han de vivir para comunicar vida, para desterrar la muerte de la perspectiva final, para repletar de felicidad a todos con la riqueza que para ellos Dios ha depositado en el seno de la Iglesia.

«El cristiano que vive su cristianismo necesita hacer participar a los demás de la felicidad que él posee, y tiene urgencias de llegar a todas partes, porque su caridad le pide ayudar a todos llenándoles de vida». (pág. 449)

El quehacer primordial de los miembros de La Obra de la Iglesia es, por tanto, vivir profunda y cálidamente su ser de Iglesia, de modo que por el testimonio de su vida, primero, y con su palabra, también, pre-

senten a la Iglesia como es, refulgente y llena de vida. De esta manera, presentando la faz hermosa de la Iglesia, atraerán a los hombres con fuerza irresistible hacia esta Santa Madre, para que se encuentren con Dios y «no tengan sed jamás».

Ese fin lo han de llenar todos los miembros de la Obra –cada uno en su medida–, porque todos son Iglesia y todos participan también de su vida y misión.

Para que puedan realizar eso que Dios les pide no les exige la Madre Trinidad ni saber, ni poder, ni valer humanos. Sino ante todo, ser sencillos y pequeños como niños.

Paradójicamente esta sencillez evangélica es la que les permitirá vivir profundamente su ser de Iglesia, recalentar el dogma y durante todos los tiempos dar la Teología caldeada en el amor a todos los hijos de Dios; ser manifestación viva ante todos los hombres de lo que es ser Iglesia, colaborar con el Papa y los Obispos durante todos los tiempos a llevar a cabo la misión esencial que Cristo les encomendó. «Gracias te doy, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos y se las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, así te ha parecido mejor». (Mt 11, 25-26)

Y como hacer todo eso no es obra de hombres sino de Dios, a Dios se tienen que acercar en oración sencilla y confiada para que el que todo lo es ponga su riqueza en la pobreza de ellos; su sabiduría infinita, en el no saber; su poder, en la flaqueza; su grandeza, en la pequeñez; su todo, en la nada; su vida, en la muerte... Así, «en un rato de oración junto al Sagrario, se puede aprender más sabiduría, que en un curso de teología en el aula de una universidad; porque en la oración se sabe, de saborear, los misterios de Dios, mientras que en el estudio se aprenden intelectualmente». (1.254)

Y «una comunicación de Dios llena al alma tan sobreabundantemente de sabiduría, que la posibilita, no sólo para entender aquello que sabrosamente Dios le ha comunicado, sino para dar sentido a otros muchos misterios». (1.256)

Ratos de oración en intimidad con Jesús en el Sagrario, pide la Madre Trinidad a sus hijos para que escuchen su secreto, para que le consuelen, estén con Él, descansen en su pecho y aprendan la ciencia del amor.

«299. Dios habla en su compañía esencial y trinitaria, y la Palabra que explica la realidad divina viene a los suyos para continuar su conversación entre nosotros durante todos los tiempos, y así meternos en el seno de la Trinidad haciéndonos confidentes y participantes en su comunicación eterna. (4-9-64)

1.586. El Dicho perfecto del Amor Infinito amándome, es Cristo, muriendo en la cruz y perpetuándose en la Eucaristía. (15-9-76)

1.278. En la medida que descanses en el pecho de Cristo, le harás descansar; por eso, anda, reposa en su divino costado, ¡qué está fatigado el Amor en necesidad de descubrirte su secreto...! (1-2-64)»

También les pide amor tierno a la Virgen, conocimiento de su grandeza, presentándola, dentro del seno de la Iglesia, en el lugar que le corresponde como a Madre de Dios y de la misma Iglesia, porque, «¿cómo querrán los hombres manifestar el verdadero rostro de la Iglesia, ocultando y queriendo hacer pasar desapercibida la brillantez de la grandeza de María? ¿Dónde irá por sabiduría divina aquel que no sabe recibirla en el ánfora preciosa donde la Eterna Sabiduría se encarnó para manifestarse en resplandores de santidad bajo la rompiente infinita de su explicativa Palabra?» (pág. 293)

Y porque en el duro caminar del destierro todos necesitamos el amparo y el consuelo maternal de la Virgen:

APARECE LA SEÑORA

Cuando acosan los problemas de la vida,
aparece refulgente, en mi mente, la Señora,
como luz en mi camino,
como antorcha en una noche aterradora.

Y mi ansia busca en Ella
las conquistas de las glorias del Inmenso,
pues es Madre acogedora,
que protege con la fuerza poderosa del Eterno.

Confianza son mis preces,
y en sus celos palpitantes de caricias maternas
voy dejando cuanto tengo,
y descanso descansada con los frutos de su pecho.

Es Señora con inmenso poderío,
que, cual Madre redentora, siendo Virgen,
arrebata los amores del Dios vivo.

Mi conquista está en los brazos de María,
porque Ella me cobija, cuando imploro
en petición de silencio clamoroso.

Hoy mi alma está afligida
por la herida palpitante de la Iglesia;
y he mirado a la Señora,
que me ha dicho con nobleza:

No te aflijan los proyectos que caducan
con los hombres de este suelo,
tu recurso está en la Altura;
con los pliegues de mi manto yo lo envuelvo.

Soy la Madre que consigo en virginal poderío
cuanto quiero del Dios vivo,
pues Señora Él me hizo de los Cielos,
en su infinito designio.

Confía, no titubees,
tus cosas yo las consigo.

(Núm. 167)

Característica esencial de La Obra de la Iglesia, es también su profunda unión con el Papa y los Obispos; la lleva enraizada en la médula misma de su ser y de su vivir.

Jesús dio cumplimiento a la obra que el Padre le encomendó. Él después mandó perpetuarla a los Apóstoles y a sus Sucesores, realizándola ante los hombres durante todos los tiempos. ¿Quién podrá, pues, hablar de hacer la obra de la Iglesia si no es colaborando en esa tarea con los Sucesores de los Apóstoles?

Esta frase de la Madre Trinidad: «*No puedo vivir sin Obispo como no puedo vivir sin Dios*», en su brevedad y fuerza lapidarias, expresa esa relación fundamental de La Obra de la Iglesia con el Papa y los Obispos, acuñada en ella a fuego por el espíritu de su Fundadora.

Si alguien preguntase, pues, cuál es el vivir íntimo de los miembros de La Obra de la Iglesia, se le podría contestar sin titubeos: una gran sencillez, un profundo espíritu de oración, inmenso amor a Jesús en la Eucaristía y tierno amor a la Virgen, que les permite, según el plan de Dios sobre ellos, presentar a la Iglesia en su hermosura, a la que aman con todo su ser y por la que ofrendan sus vidas, buscando sólo la gloria de Dios. En una palabra: «*Ser Iglesia y hacer de todos Iglesia*».

Miembros de una misma Obra

Todas estas exigencias, y otras muchas que se derivan, naturalmente, de la esencia misma del cristianismo, cada miembro habrá de vivirlas en La Obra de la Iglesia en el modo y con el matiz que le pide su propia vocación dentro de la Iglesia.

Pues La Obra de la Iglesia abarca toda clase de personas, encajando a cada una en los diversos Grupos que la integran.

La Obra de la Iglesia pretende ser manifestación de lo que es ser Iglesia en toda su plenitud. Por tanto, lo mismo que en la Iglesia hay todo tipo de personas, asimismo, La Obra de la Iglesia la componen toda clase de personas: niños, adolescentes, jóvenes, adultos, matrimonios, solteros, viudos, etc. Cada grupo tiene su peculiar modo de vivir su vocación y son diferentes las exigencias de perfección, según el grupo o grado a que pertenezcan.

Todos, sin embargo, viven el mismo ideal de La Obra de la Iglesia de presentar al mundo el rostro bellísimo de la Iglesia, siendo en su diversidad de miembros *una sola Obra*, La Obra de la Iglesia.

Si de verdad se entregan a vivirlo, poniendo los medios que la Madre Trinidad, como eco pequeño de Cristo, les ofrece, ella, en su nombre, les promete la llenura de sus deseos:



En su misión de estar siempre junto al Papa, La Obra de la Iglesia ha buscado una casa muy cerca de Castelgandolfo, lugar de descanso del Santo Padre. La foto recoge una vista de la finca.

PROMESA DE MADRE

Encontré cuanto busqué
a lo largo del destierro,
poseyendo al que Se Es,
en el modo del Eterno.

Le añoré en mi amanecer,
¡siempre mirando hacia el Cielo!,
y se me dio en su saber
con promesas de misterio.

Dios es mi único Bien,
Amador de mis ensueños.
Y de su amor me adueñé,
cuando Él se hizo mi Dueño.

¡Si yo os diera a comprender,
hijos que estáis en mi seno,
mi vivir siempre con Él
en gozo de entendimiento...!

Él se es Beso en mi ser,
y en su besar yo le beso,
¡sin más dicha que tener
siempre a mi Señor contento!

¡Venid conmigo y veréis!,
¡libertaos de este encierro!,
que os mostraré, en su saber,
al Infinito, entre velos.

Sois fruto de mi querer
—¡entrañable amor os tengo!—,
descendencia que ha de ser
quien me prolongue en los tiempos.

Yo hoy os quiero prometer
lo que se imprimió en mi pecho
cuando me vino a meter
en su hondura el Coeterno:

Que si buscáis poseer,
sólo y con amor sincero,
al Excelso en su querer,
Él se os dará por entero.

Hijos de mis esperanzas,
¡no os perdáis este encuentro!

(Núm. 264)

Reflejos del infinito Hogar

Para la Madre Trinidad, «Dios es la Familia Divina, el Hogar de plenitud y felicidad infinita que tiene en sí su dicha y perfección en abarcamiento coeterno de comunicación trinitaria». (11)



Su Santidad Juan Pablo II, el día 15 de diciembre de 1996, en visita pastoral a la Parroquia Nuestra Señora de Valme en Roma, encomendada a La Obra de la Iglesia.

Y «la Iglesia es el gran hogar de los hijos de Dios, donde todos nos sentamos a la mesa del Padre para saciarnos en abundancia de la vida divina». (736)

A imagen de la Iglesia, que es familia porque entraña en su seno a la Familia Eterna comunicándose a los hombres, ha querido plasmar su Obra de la Iglesia.

Todos en ella participan de una misma vida, con un mismo espíritu y una misma misión apostólica, que cada uno vive a su manera según su vocación dentro de la misma Obra.

Este sello de familia que lleva impreso en sí La Obra de la Iglesia, se concreta y se hace patente con más fuerza en la vida de las tres Ramas de «Responsables».

Los sacerdotes y hombres seglares viven juntos en «Hogares», completamente independientes de los de la Rama femenina.



El Santo Padre llega a la casa de La Obra de la Iglesia «San Pedro Apóstol», para visitar a la Madre Trinidad.

La vida familiar que llevan los miembros Responsables en los «Hogares» de La Obra de la Iglesia da a éstos un aspecto original, nuevo y atrayente, al mismo tiempo que hace felices a sus moradores.

Viven los Responsables en grupos de unas 7 a 12 personas. Como en una familia, conviven, unidos, mayores, personas en su plena madurez, jóvenes y muy jóvenes.

Cada uno tiene su puesto en la familia y su peso específico dentro de ella. Su labor apostólica es insustituible; desde la del Aspirante que acaba de entrar con la ilusión de sus 17 años y trabaja con los niños en los «Hogares juveniles» hasta el sacerdote anciano con su experiencia, su bondad y el ejemplo de una vida gastada al servicio de la Iglesia y de La Obra.

En la Rama femenina, los miembros alternan con gozo y sencillez los trabajos de la casa, y la labor apostólica con toda clase de personas y categorías sociales; los trabajos sencillos y monótonos, con los de más grave responsabilidad en las parroquias u otros puestos.



La Madre Trinidad recibe emocionada la bendición del Santo Padre Juan Pablo II, que quiso visitarla estando enferma en su propia habitación (15 de diciembre de 1996).

Dentro de la Rama seglar masculina, la diversificación de responsabilidades jamás será barrera que pueda dificultar la convivencia de sencilla igualdad y familiaridad entre el ingeniero y el estudiante, el profesor y el simple trabajador manual.

Los sacerdotes encontrarán, en la convivencia con los hombres seculares, una llamada constante a saber escuchar y aprender de quienes están tan en contacto con el mundo, y una invitación a llevar adelante las propias responsabilidades, dejando que todos desarrollen al máximo sus talentos y su deseo de servir a la Iglesia. A la par, a la luz de la doctrina de la Madre Trinidad, podrán descubrir la hondura sin límites del misterio del sacerdocio y el campo inmenso de su actuación apostólica.

A todos, la convivencia y colaboración mutua les ayudarán a buscar, con sinceridad y olvido de sí, la realización plena de la propia vocación.

El amor de Dios es un lazo más fuerte que los vínculos de la carne y de la sangre, y, cuando se difunde en los corazones de los hombres, los hace gozar mutuamente de los frutos que el Apóstol asigna a la caridad, que es «paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera». (1 Cor 13, 47)

Repetidas veces ha pedido la Madre Trinidad a sus hijos que lean y mediten este pasaje de San Pablo, para que no olviden que el amor de Dios es también el que ha de hacer superar con gozo las deficiencias humanas y el que endereza y eleva las torceduras de nuestra débil naturaleza.

Así, diseminados por pueblos y ciudades en pequeños grupos de personas, ocupando un piso cualquiera en cualquier bloque de tal o cual barrio, viven alegres los miembros Responsables de La Obra de la Iglesia. Y de la paz, del silencio, de la alegría e intimidad familiar de sus «Hogares» salen cada mañana hombres o mujeres a sus puestos de trabajo para llenar su papel de seculares en el mundo, e irradiar entre sus compañeros de oficina o de Universidad la llenura que viven en su corazón.

Es tan fuerte este sentido de vida de familia entre los Responsables que condiciona y configura hasta la organización económica de La Obra de la Iglesia, la cual gira en torno a que todos los miembros tengan cubiertas por igual sus necesidades, vivan la pobreza de modo uniforme y no haya diferencias en este punto entre unas casas y otras.



Audiencia de Su Santidad Juan Pablo II con La Obra de la Iglesia, el día 7 de marzo de 1998, en agradecimiento por la aprobación pontificia.

Es más, hasta el estilo externo, la decoración, la arquitectura de las Casas de la Obra va encaminada «a crear un ambiente de hogar y de familia entre los miembros que viven en ellas».

Y esto mismo se hace también extensivo a las Casas dedicadas al apostolado, «para que todos cuantos vengan a hacer “El Plan de Dios en la Iglesia”, “Días de retiro sobre el Misterio de Dios en la Iglesia”, “Vivencias de Iglesia”, retiros, etc., encuentren en ellas ambiente de hogar, de alegría y bienestar».

También los Adheridos y Militantes, en su vivir con relación a la Obra, participan de esa realidad de «familia» que la configura.

En ella se integran con sus características particulares, aportando su peculiar riqueza y colaboración; y con las tres Ramas de Responsables forman un todo armónico y articulado.

Los Militantes, dentro de su Grupo, expresan llamativamente la hermandad evangélica entre distinguidos y gente sencilla, ricos y pobres, le-

trados y menos instruidos. Igualdad que se basa en el fundamento superior a toda diferencia: la dignidad de ser todos hijos de Dios y miembros unos de otros dentro del Cuerpo Místico de Cristo.

Los más favorecidos por la vida saben «que la escena de este mundo pasa» y no les queda más que ser pequeños para que les sean comunicados los misterios del Reino. Los más humildes comprenden que, en ello, tienen una gran riqueza, pues no tienen que dejar, ni quitar, ni desprenderse de tanto para encontrar a Dios.

Se da así el admirable espectáculo de ver hermanados en las reuniones de formación, en las fiestas de la Obra, en el trato familiar o en la



El Cardenal Arzobispo de Madrid, Monseñor Rouco, preside la concelebración eucarística en un encuentro con La Obra de la Iglesia (30 de marzo de 1998).

actividad apostólica, a la señora de título y a la esposa de un albañil, al profesor de universidad y a un conductor de autobús, a un letrado del Supremo o a un jardinero del Ayuntamiento.

Y se organizan entre ellos para ayudarse también en sus necesidades espirituales y materiales.

Todo aquel que se acerca a La Obra de la Iglesia se siente atraído por su sencillez y abertura, por su ambiente acogedor y por ese «no sé qué» indefinido, que se difunde como «el buen olor de Cristo».

Hay también un grupo de Colaboradores Simpatizantes de toda nación y lugar a donde La Obra de la Iglesia vaya llegando, para derramar sobre los hombres el afluente de vida divina que Dios ha puesto en el arsenal riquísimo de la variedad de escritos y charlas de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia.

Los Colaboradores Simpatizantes no pertenecen intrínsecamente a La Obra de la Iglesia, pero sí procuran vivir de su riqueza eclesial, para su enriquecimiento y procurar comunicarlo siendo testimonios por la vida y la palabra de lo que es ser Iglesia, dentro de la peculiar vocación de cada uno; Colaborando con La Obra en la misión que el Señor le ha encomendado en toda la amplitud de la palabra, a través de su manifestación en sabiduría amorosa del misterio de Dios, de Cristo y de María, remansados en el seno de la Santa Madre Iglesia, para presentarla tal cual es, repleta y saturada de Divinidad, de forma que, al mirarla, los hombres vean el Rostro de Dios en ella.

Y para esto se nutren de los escritos y charlas de la Madre Trinidad, con el fin de colaborar por su vida y su palabra a la presentación del verdadero Rostro de la Iglesia; ayudando, unidos con los miembros de La Obra, al Papa y los Obispos a la realización de la misión esencial que Cristo les encomendó.

La Obra de la Iglesia a su vez, como los miembros que a ella pertenecen de una u otra manera, les irá dando dentro de sus posibilidades a participar de la riqueza espiritual que posee, ayudándoles con cuanto, para ello, Dios le ha donado y encomendado; haciéndose lo más cercana posible a todos y especialmente a los más alejados de sus Centros.

Colaboradores Simpatizantes pueden ser toda clase de personas: Sres. Obispos, Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, miembros de Institutos Seculares, Movimientos apostólicos, Asociaciones piadosas, etc., como

también matrimonios, hombres, mujeres y jóvenes seglares; que dentro del Pueblo de Dios, siempre cobijados bajo la Sede de Pedro, quieran vivir su cristianismo y manifestarlo en la sabiduría amorosa con que La Obra de la Iglesia lo realiza, para el cumplimiento de la voluntad de Dios en cualquier lugar o estado en que se encuentren. Procurando dentro del carisma de la vocación de cada uno, ayudar eficazmente a La Obra de la Iglesia en la realización de la misión eclesial que, por designio infinito de Dios, le ha sido otorgada.

Y así cada cual dentro de La Obra de la Iglesia se siente feliz en su puesto, porque sabe que «la perfección del cristiano no está en ocupar un puesto u otro en la sociedad, sino en vivir contento allí donde le ponga la voluntad divina». (1.975)

Fruto de esa voluntad de Dios cumplida, es la paz que sólo el Espíritu Santo puede dar:

MI PAZ

Es la paz como brisa del mar
en un día tranquilo,
en el reteñir de sus olas serenas
que vienen y van
sin dejar traslucir su quehacer,
porque están sosegadas
en su ser y en su obrar,
según son.

Es la paz algo hondo, secreto,
que se encierra en la hondura del pecho
y se vive en misterio
de quedo silencio.
Y, en su brisa de ir y venir,
sus sabores impregnan de gozo,
en su ser y en su obrar,
como dulce alimento.

Es la paz un vivir
de tan tenues acentos,
que, en sabores divinos y eternos,
se siente al que Es, sin saberlo.

Es la paz un porqué tan seguro,
que deja, en su centro, repleto,
al que vive de asiento
y está cimentado
en el gusto sabido
que circunda al Inmenso.

El que vive de Dios,
buscando tan sólo tenerle contento,
sin querer otra cosa que eso,
ése encuentra el secreto
que encierra la paz
en su ser y en su obrar,
que es Dios mismo,
viviendo en su centro.
Pues la paz es saberse saber
lo que tiene que ser
y tenerlo tenido,
y, aún más, poseído muy dentro.

Es la paz como el mar
con sus olas tranquilas
en los días serenos,
que, aunque vienen y van,
nada turba el sosiego
de la dulce misión
que le han puesto.

Es cual brisa callada
la paz en mi pecho,
en rumores de Gloria
y en silencio de Cielo,
en dulzuras sublimes,
como un beso infinito
de Dios en mi centro.

Es Dios mismo la Paz
misteriosa, divina y secreta,
que impregna mi ser con su aliento;

es Dios mismo que besa mi alma
con la brisa callada
del volcán que le tiene encerrado
en su ocultamiento.

Es Dios mismo,
que, siendo dulzura infinita,
me mece con el suave fulgor de su vuelo.

¡Es Dios mismo
la dulzura de paz infinita
que siento!

(Núm. 162)

Unidos en una misma misión

La actividad apostólica de La Obra de la Iglesia es muy amplia, variada e intensa.

Para darla a conocer de una forma sucinta, nada me ha parecido mejor que espigar aquí algunos párrafos de la última parte del tema «La Iglesia, misterio de unidad» escrito por la Madre Trinidad el 22 de noviembre de 1968:

«La Obra de la Iglesia... viene para todos y para poner al día, en el calor de la infinita Sabiduría, la presentación cálida y viva de nuestro dogma riquísimo. Viene a dar la teología calentita, caldeada en el amor, mostrando el rostro centelleante de Dios, que se manifiesta en la faz esplendorosa del Cristo Grande de todos los tiempos.

La misión de La Obra de la Iglesia es totalmente apostólica... Colectivamente quiere ser una manifestación perenne del misterio de la Iglesia y, a través de sus miembros, testimonio vivo de un profundo cristianismo en todos los lugares donde éstos ejerzan su profesión.

Lleva las parroquias que le están encomendadas; organiza en sus Casas de Apostolado “El Plan de Dios en la Iglesia” para sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de toda clase y condición; da “Vivencias de Iglesia” y en comunidades religiosas, se-

minarios, colegios, etc.; va a otras parroquias a dar en ellas “Semanas de Iglesia”; trabaja con los niños y jóvenes durante todo el año en los “Hogares juveniles” de sus centros apostólicos o de las parroquias; organiza para ellos reuniones de formación semanal, “Días de orientación Juvenil”, acampadas o marchas a la montaña durante el curso, campamentos de verano; y, para toda clase de personas, charlas, convivencias, reuniones, días de retiro...

Los miembros de La Obra de la Iglesia, en los diversos campos y quehaceres apostólicos, ejercen una labor de conjunto, trabajando unidos sacerdotes y seglares, aunque cada uno lo haga con los de su sexo, edad y estado, atendiendo los sacerdotes las necesidades espirituales de cada uno.



Casa dedicada a las actividades apostólicas con jóvenes y niños junto a los montes de El Escorial (Madrid).

En nuestras parroquias procuramos formar a todos espiritualmente, de forma que tomen conciencia de su cristianismo y ejerzan la caridad con Dios y con el prójimo, procurando resolver todos los problemas espirituales y materiales de la feligresía. Los sacerdotes llenan su misión apostólica de ayudar a formar a todos; y los hombres y mujeres seglares participan en esta tarea, pero incorporándose como unos seglares más en su misión con relación a Dios y al mundo; pues no sólo en sus horas de trabajo ejercen allí su apostolado individual e indirecto, sino que también el tiempo libre que les deja la oración y el trabajo lo dedican al apostolado directo.

Nuestro espíritu, por lo tanto, es el espíritu de la Iglesia, nuestra vida, la suya; nuestra misión específica, ayudar al Papa y a los Obispos a descubrir, desentrañar y manifestar las riquezas de esta Santa Madre».

Un amplio capítulo ocuparía aquí, por ejemplo, el indicar, nada más, qué son los días de «El Plan de Dios en la Iglesia»; cómo trabajan los jóvenes de la Obra con niños, jóvenes y adolescentes; cómo organizan un campamento; qué espíritu llevan a las excursiones y giras o el fruto que recogen en unos «Días de orientación juvenil».

Sería magnífico ver cómo los seglares actúan en las «Vivencias de Iglesia», cómo dan ellos, junto con los sacerdotes, las «Charlas sobre el misterio de la Iglesia» y cómo intervienen en «El Plan de Dios en la Iglesia».

Y el narrar el apostolado que son capaces de desenvolver seglares y sacerdotes, trabajando en equipo en las parroquias encomendadas a La Obra de la Iglesia, resultaría tremendamente sugestivo.

El día que se descubra, asombrará ver lo desapercibida y sencillamente que realiza el Señor, lo que tan complicado, difícil y, a veces imposible, resulta a los esfuerzos de los hombres.

La atracción de una llamada

La canción de Iglesia de la Madre Trinidad, por la fuerza de su atracción, se ha hecho una *llamada* y un *reclamo*.

Llamada a todas las almas para que vengan a llenarse de vida en el Manantial de la Iglesia:

«Que venga al seno de mi Madre Iglesia el que quiera saber de Divinidad, el que necesite ahondarse en el secreto del alma de Cristo, el que busque saborear a mi Madre Inmaculada... Todo el que desee y quiera vivir, que venga, ¡que venga!, que en el seno de la Iglesia Madre, ánfora preciosa y repleta de divinidad, se encierra todo el secreto escondido antes de todos los siglos». (Pág. 25)

Y *reclamo* a corazones generosos y a espíritus entregados que quieran ser antorchas que iluminen, mostrando el verdadero rostro de la Iglesia a los hombres, y cántaros que ofrezcan de beber de la inagotable riqueza que en ella se remansa.

«1.956. Necesito recibir el agua viva del seno de la Trinidad y dejar correr sus manantiales por aquellos cauces que el Señor me abre; y cuando, por lo que sea, no lo puedo realizar, me siento oprimir por las compuertas del silencio; éste, a veces, se me hace tan penante, que experimento como si fuera a morir en apreturas por las torturas que le produce a mi alma el contener el ímpetu de la fuerza de lo alto. (8-1-77)

2.056. El Amor gime dentro de mí “con gemidos que son innarrables”: Dame hijos para darles mi contento eterno. (4-9-61)»

¡Miles de cántaros y millones de antorchas necesitaría la Madre Trinidad para que la ayudasen a llevar hasta los confines del mundo la vida y la luz que contempla retenidas en el seno de la Iglesia!

«“Obra de la Iglesia”, procura por todos los medios que los hijos de Dios vivan su filiación divina. Muéstrales, como puedas, los grandes misterios que en su alma se encierran, y corre donde los hombres te llamen, para hacer hijos de Dios a los que todavía no lo son.

Trabaja para que los cristianos vivan su cristianismo en abundancia, en la incorporación felicísima al Cuerpo Místico, donde todos los creyentes se comunican los bienes de su Padre Dios para santificación, perdón, recuperación y santidad de todos los miembros de la comunidad cristiana.



La Madre Trinidad en 1998.



Este mismo día ríe abierta y espontáneamente, cogida por sorpresa.

Busca almas que entren en esta gran Familia, para que, con todas las almas del mundo, todas las criaturas creadas con capacidad de vivir de Dios, se haga un solo Rebaño y un solo Pastor, con su entrada en la gran comunidad de los creyentes». (págs. 37-38)

A esa legión de almas decididas e ilusionadas que, en desfile multicolor de edades, estados diversos, formas distintas de vida, profesiones y clases sociales de toda índole, van llegando a La Obra de la Iglesia, para formar parte de la descendencia espiritual de la Madre Trinidad, ella les entrega el tesoro que Dios ha puesto en su alma destinado a la Iglesia, para que se repletan y den de esa llenura, vivan y hagan vivir «*el misterio hondo y eterno de la Iglesia...*»

Escuela de formación permanente

Hemos hablado de las casi 1000 charlas de la Madre Trinidad, recogidas en cinta magnetofónica o en vídeo, y sus numerosos escritos, que hoy ocupan una treintena de amplios volúmenes. En ellos, de manera profunda, amplia, matizada y viva se exponen las verdades del dogma y de la vida cristiana. Todo eso, que es un tesoro de luz y vida para la Iglesia, es la fuente donde beben los miembros de La Obra y de donde cogen para dar en abundancia a los demás.

Son precisamente ellos los que Dios ha puesto al lado de la Madre Trinidad para ayudarla a llenar su misión de «cantar las maravillas del Señor en las puertas de la Hija de Sión» (Sal 72, 28). Pero han de ser instrumentos vivos, que den aquello que sepan, de *saborear*. Porque «*Dios es la vida y sólo el que le vive le sabe saber y comunicar...*» (n. 1.743). Si han de dar, han de vivir; si han de comunicar, han de estar llenos. Y es precisamente el contacto con la riqueza de la Iglesia a través de la doctrina y la vivencia de la Madre Trinidad, mantenido día a día, lo que les va capacitando para descubrir esa misma riqueza, desentrañarla y manifestarla.

En este ambiente de múltiples y como connaturales relaciones –contacto con Dios, intimidad familiar, conocimiento progresivo y vital de la riqueza de la Iglesia, integración en el ambiente que les rodea y trabajo

apostólico– se desarrollan y fraguan las vocaciones al sacerdocio, o a la vida consagrada en los jóvenes de uno u otro sexo, dentro de La Obra de la Iglesia.

El día que uno entra en el grupo de Responsables pasa a cualquiera de los Centros para vivir con todos, formarse con todos y trabajar con todos. Allí tendrá desde el primer día su puesto en la familia y su responsabilidad. Sus aportaciones y sus dificultades repercutirán en la vida del hogar, y sabrá que, en él, su presencia se hará sentir desde el primer momento.

Los jóvenes que, antes de entrar, estudiaban o trabajaban, seguirán trabajando o estudiando como los jóvenes de su edad, para que su vida se desarrolle en un contacto normal con el mundo.

Y los miembros de la Rama seglar masculina a los que se vaya viendo tendencias y aptitudes para el sacerdocio, vivirán como los demás jóvenes seculares de La Obra..., asistiendo a las clases en Seminarios o Universidades de la Iglesia, pero viviendo en las Casas de La Obra, donde seguirán recibiendo su formación espiritual según su específica vocación.

De este modo, a lo largo de toda la vida, los miembros de La Obra de la Iglesia no cesan de profundizar en el conocimiento y experiencia de los misterios del cristianismo para transmitirlos a la vez a los demás, en luz, vida y amor.

Peregrina hacia la Casa del Padre

Como «la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» (Conc. Vat. II, L.G. 8), así camina hacia la Patria la Madre Trinidad con su Obra. Vive en la tierra y en la tierra trabaja por la gloria de Dios y la extensión de su Reino. Pero su patria no es ésta; por eso peregrina en el suelo con nostalgias torturantes por la Eternidad.

Son luminosos y quemantes como brasas estos pensamientos, por citar algunos, que esclarecen su condición esencial de peregrina, la misma que la Iglesia vive en la tierra:

«2.144. Vivo en el cielo sin ser habitante de allí, y habito en la tierra sin vivir en ella. (1-3-61)

2.170. Mi sed de Dios es torturante como los celos, terrible como la muerte, encendida como el fuego... Por eso, Amor, ¿cuándo vendrás a mí? (27-4-67)

2.181. En nostalgias se abrasan las cavernas profundas de mi corazón. Hambreo a Dios constantemente con la apetencia del sediento que se reseca en ansias por los refrigerantes manantiales. (9-12-72)

1.796. Busco la luz del Sol eterno, el calor de sus brasas, el fulgor de sus fuegos, las llamas llameantes de sus candentes volcanes; y busco, a un mismo tiempo, el frescor de su brisa, el refrigerio de sus fuentes, la saciedad de sus manantiales, el alimento de sus frutos y el contacto de su amor. (6-3-73)

2.209. Mañana ¡no más! con Dios para siempre... ¡Qué dulce encuentro...! Y «allí», mirándole en su Vista, cantándole en su Boca y amándole en su Fuego... ¡Se acabó el tiempo y llegó el fin, comenzó la eternidad...! Cara a cara con Dios, adorando al Ser en su ser y en sus personas, por ser quien es y como lo es; en un acto de amor puro que se goza en el gozo esencial de Dios ¡para siempre...! ¡Y esto será mañana! (9-7-75)»

Y esta «décima» es también la expresión poética de su vida peregrina.

PEREGRINA EN TIERRA EXTRAÑA

Peregrina en tierra extraña
voy por la vida sufriendo,
a todos voy sonriendo
con la tristeza en el alma.

Mi país no es el destierro,
sólo en Dios mi ser descansa,
y en su espera noche y día
jadeante está mi alma,
penando por encontrarme
ya para siempre en mi Casa.

(Núm. 4)

V

EPÍLOGO

Llevados, como de la mano, por los libros de la Madre Trinidad, nos hemos acercado un poquito más al centro de donde fluye la riqueza y la trascendencia de la personalidad espiritual de la Fundadora de La Obra de la Iglesia.

En mi trato con ella, la he oído dejar caer, referir en una u otra ocasión, que el santo a quien más quiere —la Virgen, naturalmente, no entra en esta cuenta porque está por encima de todos— es San Pedro. Sin embargo, con los sentimientos y las vivencias que San Pablo expresa en sus cartas, es con los que más identificada se siente. Los profetas del Antiguo Testamento —Jeremías, Isaías, Amós, Ezequiel— le ofrecen las palabras e imágenes más adecuadas para expresar los impulsos, las peticiones, los fuegos de Dios requemando su alma en urgencias de manifestarle, y lo rudo de su choque con las criaturas cuando va a cantarles su canción de Iglesia. Abraham, Moisés, los Apóstoles, son las figuras que más atraen y llenan sus ansias de universalidad.

Original mezcla de profeta, de doctor, de apóstol, de madre, de fundadora y conductora de un pueblo numeroso para ayudar a «Pedro» y a los Sucesores de los Apóstoles, es lo que ha hecho Dios de esta mujer pequeña como una niña y que encuentra su riqueza *«en no tener ninguna riqueza humana..., en no ser, en no poder, en no saber, en no servir, en ser pequeña, pobre y desvalida»* para que el Todo pueda llenar el abismo de su nada.

Y también sabe de la muerte silenciosa, profunda y total que Dios pide a los que siembra en el surco de la vida para que den fruto. Por eso, su «descendencia» la perpetuará.